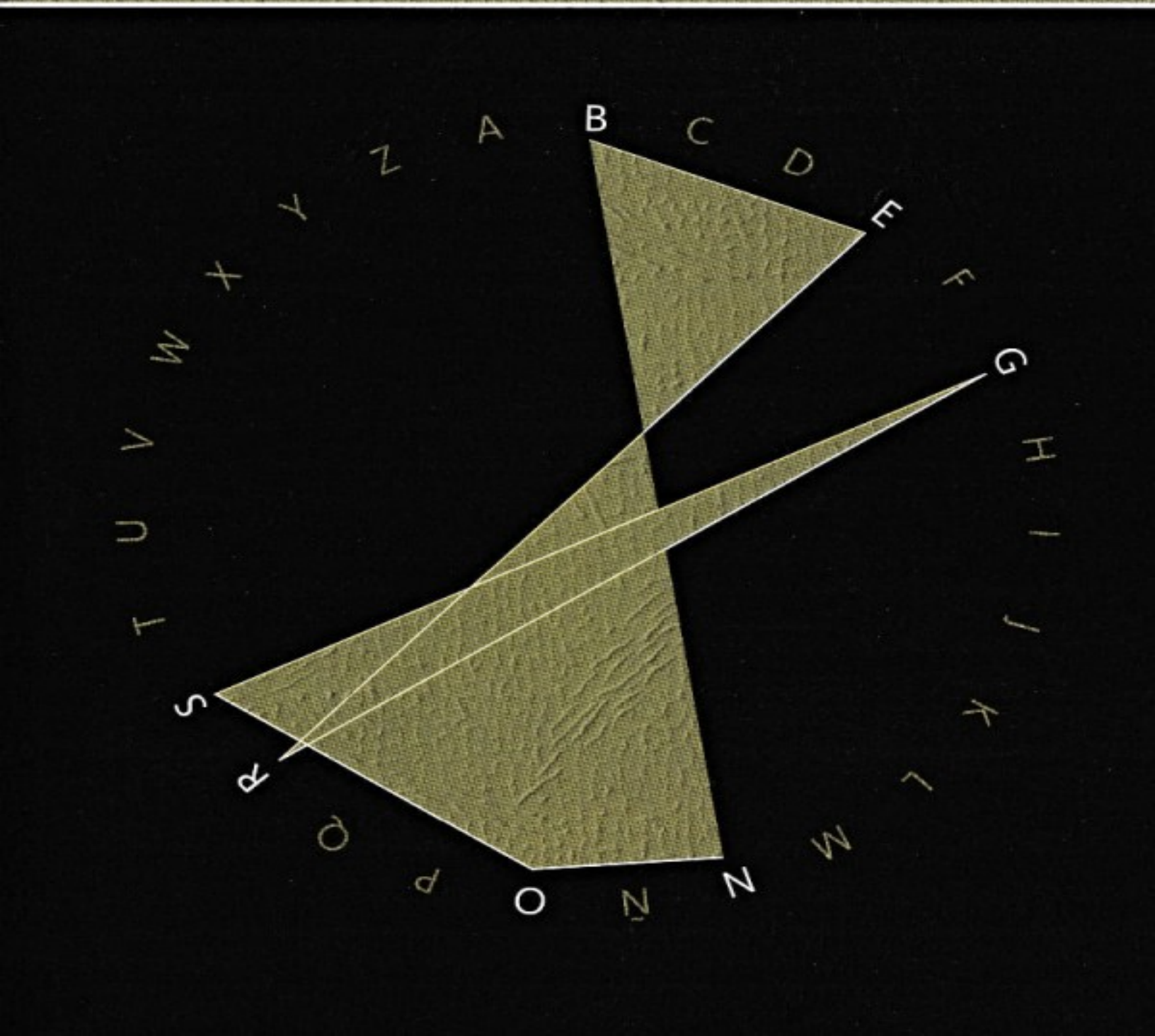
HENRI BERGSON

La inteligencia



Si el sol dejase de existir, aún tendrías 8 minutos y 19 segundos de luz para leer este libro.

No, no es ni la ciencia pura ni el razonamiento solo, ni nada que se aprenda de memoria, ni nada que se exprese en fórmulas. Es una adaptación exacta del espíritu a su objeto, una adaptación perfecta de la atención, una cierta tensión interior, que nos da en el momento deseado la fuerza necesaria para aprehender con rapidez, estrechar con vigor y retener a largo plazo. Es, en suma, en el sentido propio de la palabra, la inteligencia.

Henri Bergson

La inteligencia

Título original: *La inteligencia*
Henri Bergson, 2016
Traducción: Matías Battistón
Diseño de tapa: Florencia Gabrás



Nota del editor digital

Edición basada en la edición en papel, la cual se ha escaneado y realizado el ocr.

Cualquier modificación y o corrección realizada sobre la edición en papel se indica con fuente de color rojo sobre fondo amarillo.

INTRODUCCIÓN

"Las obras maestras de la lengua francesa son los discursos de las entregas de premios de los liceos y los discursos académicos", señala no sin sorna el Conde de Lautréamont. Sin embargo, esta frase —que hubiera divertido a Alfred Jarry— podría quizá tomarse un poco más al pie de la letra si uno la juzgara a la luz de los discursos que Henri Bergson impartía a sus alumnos hace más de un siglo, y que se reúnen aquí por primera vez en español.

Renovador de las discusiones sobre el tiempo, la memoria y la evolución, continuador involuntario de Samuel Butler, Premio Nobel de Literatura, amigo entrañable de William James, contrincante público de Albert Einstein, autor selecto de Gilles Deleuze, Henri Bergson fue también, en su juventud, un hombre discreto que supo ganarse la vida como profesor de secundaria. Durante más de quince años, sus cursos de filosofía fueron oídos, a veces con atención, por generaciones enteras de adolescentes en Angers, Clermont-Ferrand y París: en el liceo David d'Angers entre 1881 y 1882, en el Blaise Pascal entre 1882 y 1888, y en el Louis-le-Grand y el Henry-IV entre 1888 y 1897, donde el mismo Alfred Jarry, dicho sea de paso, asistió a sus clases y tal vez garabateó en el banco sus primeros lances patafísicos.

No sorprende que en los últimos años este período de su carrera haya despertado un renovado interés. En ese lapso, Bergson publicó dos de sus obras capitales, el *Ensayo sobre los datos inmediatos de la consciencia*, en 1888, y *Materia y memoria*, en 1896. Leídos en paralelo, los apuntes de sus clases y sus intervenciones públicas, dirigidas a una audiencia jovencísima, no sólo anticipan e iluminan desde otra perspectiva muchos de sus futuros intereses y conceptos

recurrentes, sino que muestran su talento para exponer con claridad temas que gracias a él revelan siempre alguna arista nueva o alguna analogía inesperada.

Los cuatro discursos que quedaron registrados y que forman este libro son un buen ejemplo. Aquí, Bergson expone los peligros de la especialización, examina y disecciona el arte de la cortesía, analiza los mecanismos de la inteligencia y el esfuerzo mental —ensayando una apología del *surmenage*—, y se entrega a una detallada indagación sobre el buen sentido y el valor de los clásicos. Todo sin dejar nunca de añadir un destello propio, un atisbo continuo de eso que en algún lugar de estas páginas llama, con sutil y curiosa antimodestia, «el secreto de la superioridad intelectual».

MATÍAS BATTISTÓN

LA ESPECIALIZACIÓN[1]

Creo que hablo por todos ustedes, jóvenes alumnos, si empiezo por dar las gracias a las eminentes personalidades que han sido tan amables de asistir a esta ceremonia, y en particular a quien la preside. Él ha querido darnos una nueva muestra de su simpatía, y así como su primera visita fue a este liceo, su primer discurso estará dirigido a nosotros.

No sé si les agradará tanto saber que, para terminar el año, impartiré una lección de filosofía. Sin embargo, estoy seguro de que sabrán disculparme: es la última.

Además, yo mismo voy a castigarme, pues ya que mi abusiva especialización académica me empuja, incluso en un día de fiesta como éste, a ponerme moralista y taciturno, me condeno, como penitencia, a indagar con ustedes los graves inconvenientes que conlleva eso que denominamos «la especialización».

El más triste es el que ven ahora. El hombre de una sola ocupación se parece mucho al hombre de un solo libro: no sabría de qué otra cosa hablarles. Si es filósofo, y un favor inmerecido le reclama que tome la palabra, se cansará buscando en vano un tema atractivo para su discurso; se decidirá por la literatura, la abandonará por la historia y caerá, por último, después de mucho trabajo y penosas pesquisas, en una lección de moral.

¿Qué pasaría si, en lugar de escucharlo en público, hubieran ido a verlo a su casa? El especialista tiene mal carácter. Entablen con él una conversación banal, hablen de aquello que conoce mal o mediocremente, él les responderá, y ustedes podrán marcharse con la convicción de que es un hombre de mundo. Pero si el azar, o el deseo de caerle bien, los llevan a abordar eso que él llama su

«especialidad», este hombre se callará, sonreirá, los dejará hablar. Tranquilo e impertinente, esperará a que hayan terminado:

Rusticus exspectat dum defluat amnis…

Se cuidará de no interrumpirlos, pues de los errores que vayan acumulando se desprende, en su opinión, una gran verdad: él sabe. En efecto, ha ejercido su ciencia lo suficiente como para tenerles lástima. Pero no ha cultivado lo suficiente las demás como para darse cuenta de lo mucho que le queda por aprender. Si lo hiciera, conservaría su modestia y evitaría que uno se burle de él.

Pero he aquí lo más grave. La especialización, que hace monótono al erudito, vuelve estéril a la ciencia.

Cierto, la división de las ciencias es algo natural. En épocas en que la inteligencia humana aún estaba en pañales, uno podía, sin demasiada ambición, aspirar a conocerlo todo. Ésa era la generosa ilusión de los primeros tiempos de la filosofía, que se definía a sí misma como la ciencia de las cosas divinas y humanas. No se tardó en hacer un descubrimiento desesperante: el universo es más vasto que nuestro espíritu; la vida es corta, la educación larga, y la verdad infinita; hay que consumirse en esfuerzos penosos, hay que avanzar a tientas durante mucho tiempo para aprehender aunque sea una ínfima parte de la verdad; y aun así uno puede morir sin haberla encontrado o incluso sin haberla entrevisto. De ahí la gran cantidad de ciencias particulares, cada una con su propio objeto y su método especial, todas aparentemente autosuficientes, que siguen su camino de forma aislada; hasta que un día, después de haber reunido en una vasta síntesis la inmensa multitud de datos recogidos poco a poco y de ideas acumuladas durante años, algún genio privilegiado relacionará quizá esos fragmentos y reproducirá, en el orden de sus concepciones, el mismísimo orden que ha presidido la construcción del universo. Que haya ciencias especiales, y que debamos elegir entre ellas, es una dura necesidad. Tenemos que resignarnos a saber poco, si es que no queremos ignorarlo todo.

Pero esa resignación debe postergarse lo más posible. Cada uno de nosotros debería empezar, como lo ha hecho la humanidad, por

la noble e inocente ambición de conocerlo todo. Únicamente deberíamos condescender a una ciencia especial después de haber examinado por encima, en líneas generales, todas las demás. Es que la verdad es una sola: las ciencias especiales la estudian por fragmentos, pero nunca conocerán la naturaleza de ninguno de esos fragmentos si antes no se dan cuenta del lugar que ocupa en el conjunto. Uno no puede comprender una verdad particular si todavía no se percató de las relaciones que dicha verdad es capaz de establecer con las demás. ¿Saben cómo es un edificio si sólo les han mostrado, antes de construirlo, todos los ladrillos? Y sin embargo, los ladrillos forman el edificio entero. Es que todo el arte reside en el arreglo general, y lo importante no es saber cómo es el ladrillo, sino dónde se lo pondrá. Todos ustedes habrán mirado alguna vez a través de un microscopio, y habrán podido ver, en la caja que lo contiene, esas placas de vidrio con algún preparado anatómico. Tomen una placa cualquiera, pónganla bajo el lente y examínenla con el instrumento. Verán un tubo, dividido en compartimentos. Deslicen la placa; otras células reemplazarán a las anteriores. Al final, las habrán distinguido admirablemente, desde la primera hasta la última. Pero ¿cuál era el objeto, y qué es lo que vieron? Para saberlo, estarán obligados a dejar el microscopio de lado y examinar a simple vista, en su repugnante totalidad, lo que resultará ser la pata de una araña. De igual modo hemos dividido la realidad, para verla con microscopios. Si uno no comienza por echar un vistazo al conjunto, si uno apunta de inmediato a las partes y no se digna a mirar más allá, es posible que vea muy claro, pero ni siquiera sabrá qué es lo que está viendo.

Es por una suerte de pereza intelectual, y para no tener que estudiar el resto, que hoy en día nos confinamos dentro de los límites de una ciencia especial. Me gustaría que modificáramos un poco esta fórmula y que nos consagráramos a una ciencia especial sólo cuando ya no tenemos más necesidad de estudiar las otras. Así, invertiríamos más tiempo en adquirir la ciencia, e invertiríamos menos, quizá, en hacerla avanzar.

No hablaré mal de la ciencia de nuestros tiempos. Ha hecho mucho por nuestra comodidad. La industria y las artes le deberían estar eternamente agradecidas. Si ya no nos sorprende con sus maravillosas invenciones, es porque nos hemos cansado de admirarla. De todas formas, muchas personas inteligentes se sorprenden de que la ciencia parezca abandonar cada vez más la teoría por la práctica, de que nos ocupemos más de las consecuencias que de los principios, y de que en medio de tanta abundancia de invenciones haya tan pocos descubrimientos. Además, son lo suficientemente exigentes como para no contentarse con esta respuesta, que en su momento oyeron Newton y Galileo: «Los principios ya se han descubierto». Tal vez me equivoque, pero creo que el gusto por esas especulaciones elevadas no se ha perdido. Lo que al erudito quizá le faltan son esos conocimientos generales que sirven como punto de apoyo para elevarse por encima de una ciencia especial, para dominarla y llegar a sus principios.

Si se le hiciera caso al especialista, la física correría el grave peligro de volverse un simple catálogo de fenómenos, y la química, un compendio de fórmulas farmacéuticas. En el gran periódico de la ciencia, el especialista apenas llenaría la columna de «hechos diversos[2]». Olvida que los hechos son los materiales de la ciencia, no la ciencia misma; que esta comienza con el descubrimiento de leyes, y que el simple coleccionista de hechos se parece mucho a un cocinero que, en lugar de un buen plato, nos sirve los ingredientes. Esta impotencia a la hora de coordinar los hechos, de reducirlos a un sistema, ¿no se debe acaso a que le faltan conocimientos generales? Si uno llena el estómago en ayunas, digiere mal; un espíritu completamente vacío no podrá más que recibir y rechazar lo que uno le meta adentro. Por eso el especialista regurgita los hechos tal cual los ha recibido, y como no se preocupa de la ciencia más que para hablar de ella, corre el gran riesgo de hacerla retroceder hasta reducirla a la mera cháchara científica.

No procedía de ese modo Descartes, el más grande de nuestros físicos. Él creía conveniente estudiar todas las ciencias para ahondar

en una sola. Y en su vasta inteligencia, los conocimientos más diversos, la geometría y la metafísica, se habían unido hasta casi confundirse. Así, su concepción filosófica del espacio lo llevó a descubrir la geometría analítica, y sus reflexiones sobre los atributos de Dios lo condujeron a la teoría de las ondulaciones.

Y en nuestros tiempos, ¿no es la generación espontánea, cuestión claramente filosófica, la que ha puesto a nuestro gran químico sobre la pista de sus descubrimientos más admirables? ¿Se trata de una simple coincidencia que el autor de los conceptos más bellos de la ciencia contemporánea sea al mismo tiempo filósofo y literato?

Uno puede, de ser necesario, atenerse a una ciencia especial si sólo busca obtener hechos particulares o verdades de detalle; pero si quiere impulsar dicha ciencia hacia nuevos problemas o renovar sus métodos, hace falta elevarse por encima de ella.

La historia literaria también se ha convertido en una especialidad. Fíjense si ha ganado algo con eso. El especialista desdeña los trabajos literarios y la crítica original. Elegirá a uno de nuestros escritores, lo estudiará en detalle, y nunca estudiará a ningún otro. Pero como no se puede comprender ni evaluar demasiado el pensamiento de un autor sin compararlo con muchos más, no es del pensamiento que se ocupará el especialista, eso denlo por seguro. ¿Qué le queda entonces? La persona, y las anécdotas que logre encontrar al respecto. Citará hechos insignificantes, pero inéditos. Será el primero en relatarlos: por eso los considerará importantes. Coleccionará papeles y documentos, olvidando que lo inédito se debe encontrar en el espíritu, no en viejos pergaminos. El estilo y los procedimientos de un autor no le preocupan demasiado: prefiere que le hablen de su acta de nacimiento. La historia de nuestra literatura nacional, después de haber formado escritores, ahora no produce más que escribas.

Si el reinado del especialista continúa, la crítica de los autores griegos y latinos se volverá aún más mezquina. Hubo una época en la que se leía a los autores antiguos para conocerlos, en la que se

les pedían grandes lecciones filosóficas y morales. El especialista de hoy sólo los lee para corregirlos. Con el lápiz en mano y la mirada febril, busca al pasar errores en el manuscrito. Le apenaría mucho que el texto de algún autor antiguo nos hubiera llegado intacto, o que un manuscrito correcto nos ahorrara sus conjeturas. No se pregunta qué habrá pensado el autor al escribir su frase, sino qué pensaba el copista al transcribirla. Así ha fundado una ciencia nueva, que podría llamarse la psicología de la transcripción, y que amenaza con reemplazar a la crítica literaria.

Sucede que, para captar los delicados matices de un pensamiento, hacen falta saberes generales que, con demasiada frecuencia, el especialista no tiene. La literatura es tan vasta como la verdad, de la cual es la expresión. Quien aborde la crítica literaria sin haberse preparado antes con arduos estudios, quien ignore la ciencia y la filosofía, se verá fatalmente obligado a soslayar el fondo por la forma, la idea por la palabra.

Si el espíritu matemático consiste en pensar con precisión, y en expresar con claridad lo que se piensa, ¿qué literato podría darse el lujo de no ser un poco matemático? Si la filosofía es la ciencia de las ideas generales, hay que ser un crítico muy pobre para atreverse a ignorarla. ¿Acaso la literatura es otra cosa que una geometría sin figuras, una metafísica sin barbarismos?

Así, al entrar en contacto con el especialista, todo se seca y se vuelve estéril. Parece que la ciencia pierde poco a poco la vida, descomponiéndose.

¿Por qué, entones, nos quedamos de brazos cruzados? El motivo, si no me equivoco, es que nos dejamos engañar por una gran ilusión. Sin darnos cuenta, asimilamos el trabajo intelectual al trabajo manual.

Hace ciento cinco años, el fundador de la economía política, Adam Smith, ya señalaba lo siguiente: si en una fábrica de alfileres un solo obrero estuviera a cargo de estirar y enderezar el alambre, de cortarlo, de esmaltarlo, de hacer la punta y la cabeza, le resultaría muy difícil llegar a fabricar veinte alfileres por día. Pero si

se reparte el trabajo entre diez obreros, y se le encarga a cada uno una sola operación, con facilidad podrán producir cuarenta y ocho mil alfileres diarios, es decir, cuatro mil ochocientos por obrero. La industria obtiene resultados maravillosos mediante la división del trabajo. Hace falta que cada obrero tenga su «especialidad», y cuanto antes la haya escogido, más habilidoso será.

Pero eso es lo que se le pide principalmente al trabajo manual: que sea rápido. Y sólo puede ser rápido si es mecánico. ¿Por qué trabaja con mayor velocidad una máquina que un hombre? Porque la máquina divide el trabajo, porque para cada parte del trabajo tiene un mecanismo especial. Y para nosotros, que tomamos por modelo a la máquina cuando trabajamos con las manos, la mejor opción es dividir la tarea como la divide ella. No trabajaremos tan rápido y tan bien como la máquina hasta que no nos hayamos vuelto máquinas también.

Algo muy distinto sucede en el mundo de la inteligencia. Mientras que la única manera de adquirir destreza manual es escoger un oficio puntual y entrenar nuestros músculos para habituarlos a una sola tarea, con nuestras facultades mentales ocurre lo contrario: no podemos perfeccionar ninguna a menos que hayamos desarrollado todas las demás. Ninguna facultad mental es capaz del menor logro por sí sola; si uno la separa de su entorno, no tarda en desaparecer, como esas sustancias químicas que se evaporan ni bien se las aísla. Sin duda siempre habrá alguna dominante, que se haga notar más que el resto; pero si llega más alto se deberá, justamente, al hecho de estar parada sobre los hombros de las demás. Yo la compararía a ese músico destacadle que a veces encontramos en alguna orquesta mediocre: el músico la domina y logra que uno lo escuche exclusivamente a él; pero quizá fracasaría en un solo, porque necesita el sostén del conjunto.

Eso es, jóvenes alumnos, precisamente lo que distingue a la inteligencia del intelecto, y al hombre de la bestia. Toda la inferioridad del animal reside en ese detalle: es un especialista. Hace muy bien lo que tiene que hacer, pero no sabría hacer otra cosa. La

abeja ha resuelto, para construir su alvéolo, un problema de trigonometría muy difícil. ¿Podría resolver otros? Quien admite, como se atreve a sostener un naturalista contemporáneo, que descendemos, tanto el animal como el hombre, de un ancestro en común, ¿no podría decir que nuestra inteligencia ha llegado a ser lo que es hoy mediante los diversos hábitos que ha ido adquiriendo sucesivamente, mientras que la del animal se ha ido retrayendo y atrofiando poco a poco dentro de los estrechos límites de su especialización?

Conservemos nuestra superioridad y, dado que la diversidad de aptitudes es lo que nos distingue, sigamos siendo hombres. Para eso sirve, jóvenes alumnos, tener una formación tan buena como la suya. El mérito y la fuerza de la universidad residen en el hecho de excluir del liceo los estudios especializados. Esto le permite preocuparse simplemente de elevar el intelecto, reforzándolo. Sepamos agradecerle este desinterés, y cuando alguien nos reproche que no es práctico enseñar de todo sin preparar al alumno para nada, respondámosle que la mejor manera de alcanzar el éxito no consiste en apurarse a ser exitoso; que los grandes estudios clásicos, al desarrollar la inteligencia en su totalidad, le dan suficiente amplitud para abarcarlo todo y suficiente fuerza para emprenderlo todo; y que, en cualquier caso, sería pueril querer prepararse más fácilmente para afrontar la vida privándola de antemano de aquello que representa su grandeza y recompensa:

Et propter vitam, vivendi perdere causas.

LA CORTESÍA[3]

Creo que hablo por todos ustedes, jóvenes alumnos, si empiezo por dar las gracias, junto con todos aquellos que han tenido la buena voluntad de asistir a esta ceremonia, al eminente magistrado que la preside. ¿Cómo podríamos no alegrarnos y enorgullecemos de constatar, una vez más, que los amigos de las letras son también los amigos de la universidad?

Si no les hubiera advertido tantas veces que se cuidaran de las precauciones oratorias, recurriría a ellas ahora para anunciarles que van a escuchar, una vez más, una lección de moral: hablaremos, si ustedes están de acuerdo, de los buenos modales y de la cortesía. En efecto, le debemos a la cortesía un pequeño desagravio: puesto que no le espera premio ni laurel alguno en este estrado, podría creerse olvidada. Pero lo cierto es que a veces nos reprochan no enseñarla. Hay personas serias que aseguran que, si bien en este liceo la educación no deja nada que desear, no es aquí donde uno adquirirá los buenos modales, la urbanidad, el arte de la amabilidad y el código de conducta de "un *gentleman*" perfecto. Preguntémonos entonces, amigos, en qué consiste la verdadera cortesía: ¿se aprende como se aprende una lección? ¿O acaso, si uno posee un espíritu nutrido de vastos estudios, viene sola, por añadidura, como el perfume a la flor cuando florece? Esto depende un poco de la idea que uno se haya hecho al respecto.

Muchos se imaginan que la cortesía consiste en saludar cuando se debe, en hacer una reverencia con elegancia, en observar escrupulosamente los mil preceptos diversos que enumera, con tanta candidez como convicción, el autor de *La civilité puérile et honnête*[4]. Si la cortesía consistiera sólo en eso, me vería muy contrariado, pues con frecuencia el salvaje podría afirmar ser más

cortés que nosotros. Nosotros nos limitamos a sacarnos el sombrero; él se quita varias prendas, e incluso las sandalias, cuando las tiene. El tono con el que le decimos a cualquiera: «¿Cómo está usted?» le da a entender claramente que su salud es lo que menos nos preocupa en el mundo. No crean que semejantes modales se tolerarían entre los pueblos semisalvajes del Asia septentrional: allí ningún hombre se dirige a otro sin intercambiar, durante más o menos un cuarto de hora, algunas fórmulas convencionales de cortesía cuya omisión sería vista como una ofensa mortal. Esto nos demuestra que los pueblos más civiles no son siempre los más civilizados. Nos queda por saber, es cierto, si la civilidad y la cortesía son una misma cosa; yo lo dudo un poco. Ustedes conocerán, amigos, personas muy ceremoniosas que tienen muchas fórmulas de cortesía siempre a flor de labios, que saludan con elegancia, que sonríen con una amabilidad incomparable, y que sin embargo no son corteses. Las infinitas precauciones que toman cuando nos hablan parecen calculadas para mantenernos a distancia; su cortesía es un barniz que, como el de las puertas recién pintadas, nos impide acercarnos a ellas. No nos sentimos cómodos cuando por alguna casualidad las visitamos; las adivinamos egoístas, indiferentes; y al poco tiempo nosotros mismos nos volvemos injustos y empezamos a tomar a mal todo lo que dicen y todo lo que hacen. Si sonríen, creemos que es por piedad; si están de acuerdo con todo lo que les decimos, pensamos que es para librarse de nosotros lo más rápido posible; si nos conducen hasta la puerta, es para asegurarse de que nos hayamos ido. Con esto no quiero decir que haya que romper con las formas y fórmulas de la civilidad: ignorar sería un signo de mala educación. Pero me niego a creer que las fórmulas hechas, que se aprenden de memoria y sin el menor esfuerzo, que resultan igual de convenientes al más necio y al más sabio, que los pueblos bárbaros respetan tanto o más que nosotros, sean la prueba definitiva de la cortesía mundana. ¿Qué es la cortesía, entonces, y cómo la definiremos?

Cada uno de nosotros tiene disposiciones particulares que dependen de la naturaleza y de los hábitos que ha adquirido por la educación que recibió, la profesión que ejerce, la posición que ocupa en el mundo… Estos hábitos y estas disposiciones, en general, se corresponden con las circunstancias que les dieron origen, y constituyen nuestra personalidad moral, fruto de nuestra experiencia y la de nuestros ancestros. Pero precisamente porque esta suma de experiencias varía infinitamente de un individuo al otro, no hay dos hombres que sean iguales; y esto es algo que la diversidad de rasgos, de tendencias y de hábitos adquiridos va acentuando a medida que más y más generaciones humanas se van superponiendo las unas a las otras, y a medida que la creciente civilización va dividiendo progresivamente el trabajo social, confinándonos, a cada uno de nosotros, dentro de los límites cada vez más estrechos de esto que llamamos un oficio o una profesión. Esta diversidad infinita de hábitos y disposiciones morales debe ser vista como una gran fortuna, pues es el resultado necesario de un progreso conseguido por la sociedad; pero no está libre de inconvenientes. Y el hecho de que nos entendamos menos en las pequeñeces, de que nos desorientemos cuando salimos de nuestras ocupaciones habituales, en suma, esta división del trabajo social —que hace aún más estrecha la unión entre los hombres en todos los puntos importantes, al solidarizarnos los unos con los otros— corre el riesgo de comprometer las relaciones mundanas, que deberían sin embargo ser el lujo y el encanto de la vida civilizada. Tal parece, entonces, que la capacidad de adquirir hábitos duraderos, apropiados a las circunstancias en las que uno se encuentra y al lugar que uno pretende ocupar en el mundo, implica luego otra facultad: la de renunciar durante un instante, cuando urja hacerlo, a los hábitos que uno ha adquirido o incluso a las disposiciones naturales que uno ha sabido desarrollar en su persona, la facultad de ponerse en el lugar de los demás, de interesarse en sus ocupaciones, de pensar lo que ellos piensan y, en pocas palabras, de vivir su vida y de olvidarse de uno mismo. En eso

consiste la cortesía mundana, la cual en mi opinión no es más que una especie de plasticidad moral. El perfecto hombre de mundo sabe hablarle a cada persona de lo que a ella le interesa; mira las cosas desde el punto de vista ajeno sin adoptarlo necesariamente, y lo comprende todo sin por eso perdonarlo todo. De ahí que uno lo quiera casi desde antes de conocerlo. Uno le cede la palabra a un extraño, y queda asombrado y encantado de encontrarse con un amigo. Lo que nos gusta de él es la soltura con la que sabe rebajarse o encumbrarse hasta nuestro nivel; es, sobre todo, el arte de hacernos creer cuando nos habla que tiene por nosotros cierta preferencia secreta, y que no trataría del mismo modo a cualquiera. Pues lo propio de este hombre tan cortés es amar a todos sus amigos por igual, y a cada uno más que al resto. Así, el placer que sentimos al conversar con él no está exento de una satisfacción ulterior: la de nuestro amor propio. En resumen, su cortesía produce el mismo encanto que la gracia. ¿Alguna vez intentaron analizar el sentimiento que nos infunde en el alma el espectáculo de una danza graciosa? Dicho sentimiento reside, en primer lugar, en la admiración hacia aquellos que ejecutan con soltura y gran facilidad movimientos variados y rápidos, sin impacto ni violencia, sin solución de continuidad, donde cada una de sus actitudes está como prefigurada por la anterior y ya anuncia las siguientes. Pero hay algo más: en el sentimiento de la gracia participa, si no me equivoco, una satisfacción ligada al amor propio, imperceptible o inconfesada. Es que el ritmo y la música, al permitirnos prever los movimientos del artista, nos hacen creer por un instante que somos nosotros quienes los controlamos. Como casi adivinamos la actitud que él va a adoptar, parece obedecernos cuando efectivamente la adopta; la regularidad del ritmo entabla entre nosotros y él una especie de comunicación, y los retornos periódicos del compás actúan como hilos invisibles, a través de los cuales hacemos bailar a esta marioneta imaginaria. Hasta tal punto es cierto esto, que si la música se detiene bruscamente, nuestra mano impaciente no podrá evitar moverse como para empujarla, como para reemplazarla en el

seno de ese movimiento cuyo ritmo acaparó, durante un momento, todos nuestros pensamientos y toda nuestra voluntad. Bueno, ese doble elemento de la gracia física lo encuentro yo en la cortesía, que es la gracia del espíritu. Como la gracia, la cortesía despierta en nosotros la idea de una agilidad sin límites y nos hace creer que dicha agilidad está a nuestro servicio, que podemos contar con ella. En definitiva, ambas pertenecen a la familia de cosas cuyo equilibrio es delicado y cuya posición es siempre inestable. El menor descuido las haría tropezar y caer en el estado contrario. Entre la cortesía refinada y la hipocresía obsequiosa existe la misma distancia que entre el deseo de servir a los demás y el arte de servirse de ellos; sin embargo, ese intervalo puede franquearse en un parpadeo, y uno puede resbalar de uno al otro casi sin darse cuenta. Es difícil mantenerse en la medida justa. Hace falta tacto, finura y, por encima de todo, respeto hacia uno mismo y hacia el prójimo. ¿No diremos entonces que esta cortesía, que tiene mil aspectos diversos, que supone ciertas cualidades del corazón y muchas del espíritu, es la cortesía ideal, la cortesía perfecta, aquélla a la que ni siquiera la moral más exigente tendría derecho a hacerle ningún reclamo?

Bueno, sucede que ése no es el caso, amigos míos. Por encima de esta cortesía, que no es más que un talento, concibo otra que sería casi una virtud. Pero ahora les pediré que por favor presten mucha atención, porque tal vez les cueste un poco entenderme. Hay personas tímidas y delicadas, que buscan ávidamente la aprobación de los demás, porque desconfían de sí mismas y, al tener una vaga consciencia de su propio mérito, desean escuchar cómo otros lo alaban. ¿Será por vanidad, será por modestia? Lo ignoro, pero mientras que el engreído nos repugna cuando pretende imponer a todo el mundo la buena opinión que tiene de sí mismo, nos sentimos atraídos hacia aquellos que esperan ansiosamente, para poder tener de su propio mérito esa misma clase de opinión positiva, que nosotros se la comuniquemos de buena gana. Un cumplido en el momento justo, un elogio bien escogido podrá producir en estas almas delicadas el efecto de un rayo de sol que ilumina de repente

una campiña desolada, permitiéndoles volver a disfrutar de la vida. De hecho, será todavía más eficaz, ya que transformará en frutos las flores que de otro modo se hubieran marchitado. Pues el cumplido anida en el alma, le brinda su calidez y le ofrece de qué nutrirse; le inspira esa confianza en uno mismo que es la condición de la alegría y de la esperanza en el presente y, al mismo tiempo la garantía de nuestro éxito en el futuro. En cambio, una alusión involuntaria, una palabra de reprobación que provenga de una figura de autoridad puede sumirnos en ese lúgubre desaliento que nos hace sentirnos insatisfechos con nosotros mismos, cansados de los demás y hastiados de la vida. Y así como el cristal infinitamente pequeño que cae en una solución sobresaturada atrae la inmensa multitud de moléculas dispersas y hace que el líquido en ebullición se transforme de repente en una masa inerte y sólida, así, ni bien el menor eco de ese reproche cae en medio de ellas, acuden de todas partes, de mil puntos diversos y por todos los caminos que conducen a lo más profundo del corazón, las timideces aparentemente vencidas, las desilusiones momentáneamente consoladas, todas las tristezas flotantes que no hacen más que esperar que surja la ocasión de cristalizarse en una masa compacta y desplomarse con todo su peso sobre un alma ahora inerte y desanimada. Esta sensibilidad enfermiza parece ser infrecuente, pero sólo por el trabajo que se toma para que nadie se entere de su sufrimiento. ¿Quién de entre todos nosotros, aunque sea el más robusto y tenga las mejores armas para enfrentar la vida, no se siente en algunos momentos dolorosamente alcanzado en su amor propio y como petrificado justo cuando estaba a punto de tomar impulso, mientras que en otros momentos lo mueve una enorme alegría, lo invade una armonía deliciosa, porque una palabra hábilmente ofrecida a sus oídos, insinuándose en su alma y conmoviéndola hasta en sus rincones más secretos, ha tocado esa fibra delicada y privilegiada que no puede resonar sin que todas las fuerzas de su ser se estremezcan con ella y vibren al unísono? Es este punto preciso, queridos amigos, el que hace falta conocer y saber alcanzar: he ahí la cortesía más

excelsa, la cortesía del corazón, la que yo llamaba una virtud. Esta supone, en efecto, el amor al prójimo y el ferviente deseo de ser amado por él; es la caridad ejercida en la región de los amores propios, donde resulta aún más difícil conocer la enfermedad que querer curarla. Ahora podemos dar una definición general de la cortesía: esta consiste en tratar con indulgencia la sensibilidad de los demás hombres, en hacer «que estén contentos de sí mismos y de nosotros». Una gran bondad natural reside en el fondo de la cortesía, pero dicha bondad resultaría quizá ineficaz si la penetración del espíritu no se viera acompañada de flexibilidad, finura y un conocimiento profundo del corazón humano.

No me atrevería a sostener, amigos, que la educación del liceo pueda brindarles todo eso. La bondad, como todo lo que es bello y todo lo que está vivo en la tierra, surge de un germen y se desarrolla, pero no se crea de la nada. Sin duda se estrechan grandes amistades en los bancos del colegio; y sin duda también los celos, la vanidad y todas esas enfermedades de nuestro amor propio que nos vuelven tan severos con el amor propio ajeno encuentran una distracción en la emulación que se establece entre los buenos alumnos de una misma clase, y tal vez incluso un remedio en el hábito adquirido de aplaudir los éxitos de nuestro rival, de casi agradecerle el haber sido más fuerte que nosotros. Pero sólo la experiencia de la vida, el espectáculo del sufrimiento moral, pueden conducirnos poco a poco a la amabilidad, a la benevolencia, a la piedad. Lo que quisiera mostrarles es que, al desarrollar todas las facultades de la inteligencia, los robustos estudios del liceo le brindan esa soltura y esa elasticidad de las que hablábamos hace unos momentos, y que nos preparan para conocer a los hombres, que nos ayudan en consecuencia a hacernos amar, y que lentamente acumuladas podrán un día ser el fermento que transforma la simple indulgencia en gracia y la bondad en cortesía.

Descartes nos dice en alguna parte que «sería pueril ocuparse de números y figuras si uno sólo quisiera limitarse a conocer esa clase de nimiedades». Sin embargo, él trabajó con las matemáticas, como

sabrán, durante toda la vida. Es que el álgebra y la geometría en su opinión eran algo más que el estudio de los números y las figuras: Descartes veía en ellas un ejercicio de flexibilidad y agilidad para el espíritu; de allí sacaba fuerzas para filosofar sobre los hombres y las cosas. Y de hecho, ¿no es admirable que los grandes moralistas del siglo XVII, los que más han penetrado en las profundidades del alma humana, Pascal, Descartes, Malebranche, hayan sido también matemáticos excelentes? El estudio de las matemáticas, que vuelve distraído o incluso abstracto al espíritu cuando lo absorbe por completo, le brinda, si uno lo atempera con otros intereses, una inefable cualidad de sutileza y de penetración. En esa idea se basa la enseñanza científica que les ofrece el liceo; se trata menos de conocer las propiedades de las líneas o de los polinomios que de habituarse, razonando sobre los objetos más simples y más abstractos, a hacer distinciones finas y a deducir de una información dada todo lo que ella contiene. ¿No es ésa una gran preparación para la inteligencia de la vida en general y del hombre en particular?

El hombre mismo es el tema del que tratan directamente los estudios literarios. Los filósofos, los historiadores o los poetas, todos aquellos que han escrito obras perdurables, no tuvieron otro objetivo que el de pintar al hombre en tanto éste piensa, siente o actúa. Las facultades de análisis que la ciencia desarrolla en nosotros, la literatura las aplica a la materia que más nos interesa: el conocimiento de la humanidad. La enseñanza de las letras es, por lo tanto, la enseñanza práctica por excelencia; no hay otra mejor para prepararnos a conocer a quienes nos rodean, a juzgar su valía, a discernir si se amerita hacerse amar por ellos y cómo lograrlo. Y entre los escritores, los más apropiados para el aula son los que nunca han sacrificado la idea a la frase, quienes han apuntado a presentarnos una imagen fiel de la vida antes que a hacerse admirar. Por eso se los denomina clásicos; y por eso entre los clásicos mismos preferimos a aquellos que, haciendo caso omiso de los detalles de vestimenta, han observado al hombre en sí, aquellos que han demostrado ser los pintores más escrupulosos, los más exactos,

los más realistas: los antiguos. Un periodista hace poco escribió que hacía falta haber vivido en la provincia para poder conocer bien a los hombres. Con eso quería decir, me parece, que la capital suele teñir de modo uniforme a sus habitantes; allí las relaciones sociales se multiplican; la vida psicológica, en lugar de concentrarse en un sentimiento o en una idea, se dispersa infinitamente; e incluso donde todavía es intensa uno necesita una visión muy penetrante para poder seguirla a través de los hábitos adquiridos y los sentimientos artificiales que la recubren como numerosas capas superpuestas. En cambio, entre nosotros, buenos provincianos, no hay necesidad de escarbar mucho para encontrar al hombre: los rasgos son bien nítidos, las distintas tipologías se dejan ver y se exhiben a plena luz del día. Con mayor razón era así en los tiempos de la Antigüedad, en aquellas ciudades griegas donde muchos morían sin haber franqueado nunca los límites de su urbe, donde vivían una vida interior más plena y más intensa. Es por eso que los poetas que pudieron estudiar en aquella época los sentimientos y las pasiones del corazón humano nos legaron descripciones inmortales, y es por eso también, jóvenes alumnos, que el estudio de las literaturas antiguas quizá les ofrezca una mejor iniciación, mejor que la que podría ofrecerles la vida misma, a los secretos de la maquinaria humana y de sus engranajes infinitamente complejos. ¿Qué podemos deducir de esto, si no que la enseñanza del liceo, además de desarrollar esa flexibilidad del espíritu que es la cualidad dominante del hombre de mundo, conduce al mismo tiempo a los mejores de entre nosotros a ese conocimiento de las almas mediante el cual la bondad se refina y se convierte en la cortesía del corazón? Nuestros antepasados lo comprendieron muy bien cuando dieron a los estudios de sus últimos años de colegio el nombre de "humanidades". Pensaban sin duda en esta amabilidad, esta gracia que uno obtiene de un largo comercio con los mejores espíritus de todos los tiempos, y que expresa tan bellamente la palabra latina *humanitas*; pensaban también en esta profunda ciencia del corazón humano que abreva en la lectura atenta de los clásicos, y gracias a

la cual la caridad, unida a la capacidad de penetración, maniobra sin problemas a través de los mil recodos de las susceptibilidades, de los amores propios. Quizá aludieran también a la moderación de la que se infunden más tarde, entre aquellos que han trabajado y reflexionado mucho durante sus últimos años de colegio, las ideas más preciadas, las convicciones más profundas. Ahora bien, he ahí, amigos, una nueva forma de la cortesía. Una manera de expresar sus opiniones sin hacer ofensa a las ajenas; un arte que consiste en saber escuchar, en querer comprender, en ser capaces, si fuera necesario, de ver a través de los ojos del otro, de practicar, en suma, incluso al discutir ideas políticas, religiosas y morales, la cortesía de la que uno cree demasiado a menudo poder prescindir no bien deja de hablar de cosas indiferentes o insignificantes. No sé si me equivoco, pero creo que donde se observa la cortesía, las divisiones son menos profundas, las luchas menos encarnizadas, y la patria más fuerte y más afortunada. Pero ese respeto por la opinión ajena sólo puede lograrse mediante un esfuerzo continuo; y para domar en nosotros esa intolerancia que es un instinto natural, no conozco instrumento más eficaz que la cultura filosófica. Aristóteles decía que en una república donde todos los ciudadanos fueran amigos de la ciencia y de la especulación, todos los ciudadanos serían amigos entre sí. Con eso no quería decir, claro, que la ciencia suprima la discusión, sino más bien que la discusión pierde su amargura y la lucha su intensidad cuando éstas se trasladan al mundo del pensamiento puro, el mundo de la amabilidad, de la mesura y de la armonía. Porque la idea es amiga de la idea, incluso cuando se trata de la idea contraria; y las discrepancias graves, los desacuerdos civiles, provienen siempre del hecho de mezclar nuestras pasiones bastas y humanas con las ideas, que son lo que hay de divino en nosotros. Pero para purificar la inteligencia, para sustraerla de las pasiones y, en consecuencia, de los prejuicios, hay que mostrarle que las doctrinas en apariencia más contrarias tienen un principio en común, que se desprenden las unas de las otras a través de una evolución lenta, que la mayor parte del tiempo, cuando atacamos lo

que creemos que es la opinión ajena, terminamos condenando también la propia, y que el error mismo es una de las fuentes de la verdad. Pues bien, el principal objetivo de los estudios filosóficos es hacernos comprender esto cabalmente. A esta disposición del espíritu, bastante común entre quienes han ahondado en la filosofía, y que el vulgo tacha de escéptica, yo la llamo tolerancia, amplitud de vistas, urbanidad, cortesía. Y ahora comprenderán, amigos, por qué la cortesía no recibe ningún premio especial; a decir verdad, todos los galardones que entregamos hoy le están dedicados en menor o mayor medida. Tanto si está orientada a las matemáticas, o a los textos, a la ciencia o a la metafísica, los inicie a ustedes en las grandes doctrinas de los filósofos antiguos o los acostumbre a pensar y a escribir por sí mismos, la enseñanza universitaria, por la soltura y agilidad que brinda al espíritu, por los conocimientos que le brinda, por la tolerancia y el amor a la verdad que le inspira, desarrolla siempre en las almas de la elite la cortesía del espíritu, que hace al hombre de mundo; la cortesía del corazón, sin la cual la caridad quedaría incompleta; y la cortesía de la convicción, de la cual depende la unión de los ciudadanos y la grandeza de la patria.

EL BUEN SENTIDO Y LOS ESTUDIOS CLÁSICOS[5]

Siempre ha sido un gran honor, y una tarea difícil, tener que tomar la palabra en esta imponente ceremonia universitaria; pero me parece que la responsabilidad se hace más ardua cada año, pues el problema de la educación, sobre el cual no querríamos volver, toma un aspecto cada vez más grave y se plantea en términos cada vez más urgentes. Que los estudios clásicos deben hacer algo mejor que adornar el espíritu, que nos incumbe formar ciudadanos conscientes de su deber y preparados para cumplirlo, es algo en lo que todos estamos de acuerdo: lo que la sociedad invierte en instrucción, quisiera cobrarlo en sabiduría. Pero uno se pregunta, con creciente inquietud, si los estudios desinteresados tienen esta eficacia práctica, y en particular si el buen sentido, que es una virtud cívica en los países libres, varía en razón de la cultura intelectual. Sea cual fuere nuestra respuesta, afirmativa o negativa, lo cierto es que ninguna de las dos alternativas puede dejarnos satisfechos, porque si el buen sentido no depende de la enseñanza, la sociedad deberá declararse incapaz de influir en la obtención de aquello que más necesita; y si depende sobre todo de ella, si el buen sentido aumenta gracias a esa cultura superior del espíritu que será siempre un privilegio, entonces la irresistible corriente que hoy transfiere el poder a las masas nos parecerá motivo de tristeza. Por suerte, no es necesario elegir entre estos dos extremos. Quisiera mostrar que el buen sentido consiste, en parte, en una disposición activa de la inteligencia, pero en parte también en cierto recelo muy particular de la inteligencia hacia sí misma; que la educación le brinda un sostén, pero que las raíces del buen sentido alcanzan profundidades que la educación apenas si logra penetrar; que los estudios clásicos le sirven de mucho, pero por ejercicios comunes a todo tipo de

estudios y que pueden practicarse sin maestro alguno; y que, además, la tarea del educador consiste sobre todo, en esta materia, en conducir a algunas personas, a través de un artificio, hasta un nivel en el que otras son ubicadas de antemano por su propia naturaleza. Pero ¿qué es exactamente el buen sentido, y a qué fuerzas, a qué disposiciones generales del alma se vincula esta actitud intelectual?

El papel que desempeñan nuestros sentidos, en la mayoría de los casos, no es tanto el de hacernos conocer los objetos materiales como el de señalarnos su utilidad. Degustamos los sabores, olemos los aromas, distinguimos el frío y el calor, la luz y la sombra. Pero la ciencia nos enseña que ninguno de esos atributos pertenece a los objetos bajo la forma en la que los percibimos; los atributos apenas nos dicen, en su pintoresco lenguaje, qué inconveniente o ventaja nos ofrecen las cosas, qué servicios podrían prestarnos, qué peligros nos harían correr. Nuestros sentidos nos sirven, entonces, antes que nada para orientarnos en el espacio; no están dirigidos a la ciencia, sino a la vida. Ahora bien, no vivimos solamente en un mundo material, sino también en un mundo social. Si todos nuestros movimientos se transmiten en el espacio y repercuten al hacerlo en una parte del universo físico, la mayoría de nuestras acciones tienen asimismo sus consecuencias próximas o lejanas, buenas o malas, en primer lugar para nosotros, y después para la sociedad que nos rodea. Prever esas consecuencias, o mejor dicho presentirlas; distinguir, en cuestión de conducta, lo esencial de lo accesorio o de lo indiferente; elegir entre las diversas opciones posibles la que dará la mayor suma de bien no sólo imaginable, sino factible: ésa es, me parece, la función del buen sentido. De ahí que sea definitivamente, a su manera, un sentido; pero mientras que los otros sentidos nos vinculan con las cosas, el buen sentido preside nuestras relaciones con las personas.

Hay un sutil presentimiento de lo verdadero y de lo falso, que puede descubrir entre distintos elementos, mucho antes de que se lleve a cabo una prueba rigurosa o una experiencia decisiva,

incompatibilidades secretas o afinidades insospechadas. Llamamos genio a esta intuición de orden superior, intuición necesariamente rara, pues la humanidad podría, a decir verdad, prescindir de ella. Pero la vida cotidiana le exige a cada cual soluciones claras y decisiones rápidas. Toda acción grave pone término a una larga serie de razones y condiciones, para ramificarse de inmediato en consecuencias que hacen que, así como la acción dependía antes de nosotros, ahora nosotros dependamos de ella. Sin embargo, dicha acción por lo general no admite ni tanteos ni demoras; hace falta tomar partido y, sin prever todos los detalles, entender la situación en su conjunto. La autoridad que invocamos entonces, la que nos libra de nuestras vacilaciones y nos hace optar por una solución puntual a la dificultad en cuestión, es el buen sentido. Parece, entonces, que el buen sentido es a la vida práctica lo que el genio a las ciencias y las artes.

Pero veamos esto con más detenimiento: el buen sentido, en igual medida que el genio, no es una actitud pasiva del espíritu, que consista en esperar, en medio de la noche, a que surja un resplandor y se haga la luz. Si el genio intuye la naturaleza, se debe a que ha vivido en una estrecha camaradería con ella. El buen sentido, asimismo, exige una actividad siempre despabilada, una adaptación que nunca deja de renovarse ante situaciones siempre nuevas. De nada recela tanto como de una idea hecha, que quizá sea un fruto maduro del espíritu, pero también un fruto que cayó del árbol, que pronto se secó y que ya no presenta, en su rigidez, más que el residuo inerte del trabajo intelectual. El buen sentido es ese trabajo mismo. Quiere que veamos todo problema como si fuera nuevo, y que le hagamos el honor de llevar a cabo un renovado esfuerzo. Exige que sacrifiquemos, lo que a veces resulta penoso, opiniones que ya nos habíamos hecho y soluciones que ya teníamos preparadas. Y, en suma, se parece menos a una ciencia superficialmente enciclopédica que a una ignorancia consciente de ella misma, acompañada del coraje de aprender.

Si se asemeja al instinto por la rapidez de sus decisiones y la espontaneidad de su naturaleza, se diferencia de él profundamente por la variedad de sus recursos, la flexibilidad de su forma, y el celo con el que nos vigila para preservarnos del automatismo intelectual. Si se parece a la ciencia debido a su preocupación por lo real y la obstinación con la que se mantiene en contacto con los hechos, se distingue de ella por el tipo de verdad que busca, pues no apunta, como la ciencia, a la verdad universal, sino a la del momento presente, y no se preocupa por tener razón de una vez por todas, sino por volver a tener razón de cero en cada caso. Por otra parte, la ciencia no deja a un lado ningún hecho de la experiencia, ninguna consecuencia del razonamiento: ella calcula la porción correspondiente a todos los factores que puedan ser de influencia y lleva hasta su conclusión final la deducción de sus principios. El buen sentido elige. Considera que ciertos influjos son prácticamente insignificantes, y se detiene en los razonamientos con los que desarrolla un principio dado en el punto exacto en el que una lógica demasiado brusca quebraría la delicadeza de lo real. Entre los hechos y las razones que luchan, se empujan y se amontonan, debe operarse una selección. En definitiva, es más que el instinto y menos que la ciencia; habría que ver en él más bien un cierto pliegue del espíritu, una cierta tendencia de la atención. Casi podríamos decir que el buen sentido es la atención misma, orientada en el sentido de la vida.

Por eso no tiene enemigo más grande, en la ciudad, que el espíritu de rutina y el espíritu quimérico. Obstinarse en costumbres que uno erige como leyes, rechazar con repugnancia el cambio, es desviar la mirada del movimiento que es la condición de la vida. Pero ¿no se debe también a una debilidad de la voluntad o a una distracción del espíritu que uno se entregue a la esperanza de transformaciones milagrosas? Entre esos dos tipos de espíritu, la distancia es menos grande de lo que uno creería en un principio: igualmente distanciados de la acción eficaz, difieren sobre todo en que uno pretende simplemente dormir, mientras que el otro además

quiere soñar. Pero el buen sentido no duerme ni sueña. Semejante al principio de la vida, el buen sentido vela y trabaja sin cesar, sintiéndose indudablemente más pesado a causa de la materia que anima, pero consciente de la realidad de su acción a causa de la materialidad misma de su esfuerzo. Su moderación no se parece a la de los tímidos, que consideran peligrosa la acción y buscan evitarla a toda costa; al contrario, el buen sentido no avanza gradualmente más que para obtener la transformación, progresando de un modo más natural, y en eso se asemeja de nuevo a la vida, de la cual uno no sabe si admirar más la matizada armonía de sus transiciones o el contraste asombroso de sus metamorfosis. En definitiva, mientras más de cerca examinemos el buen sentido, más tenderá éste a confundirse con el espíritu del progreso, siempre y cuando entendamos por esta expresión, a la vez, una aspiración enérgica a lo mejor y una exacta apreciación del grado de elasticidad de lo humano.

¿Cuál es, entonces, el principio del buen sentido? ¿Cómo llegar a tocar su fondo? ¿Dónde descubrir su alma? ¿Acaso deriva, como se ha dicho, de la experiencia? ¿Representa los resultados, reunidos y condensados, de las observaciones pasadas? Sin embargo, el tiempo, a medida que avanza, presenta situaciones siempre nuevas, que exigen de nosotros un esfuerzo siempre original. ¿No será, por otra parte, sencillamente una mayor confianza en el razonamiento, que se ejerce, a través de un esfuerzo lógico, para deducir, de un principio general, consecuencias cada vez más lejanas? Pero nuestra deducción es muy rígida, y la vida es muy flexible. Por más ceñidos que sean nuestros razonamientos, éstos no podrán seguir los contornos delicados y huidizos de la realidad moviente. Reconozco que el buen sentido razona, y que a veces lo hace partiendo de principios generales; pero comienza por orientarlos hacia la realidad presente; y ese trabajo de adaptación, que ya no depende del razonamiento puro, ¿no es, justamente, la función propia del buen sentido? No, el buen sentido no reside ni en una experiencia más vasta, ni en recuerdos mejor clasificados, ni en una deducción más

exacta, ni siquiera, de un modo más general, en una lógica más rigurosa. Al ser, antes que nada, un instrumento de progreso social, su fuerza sólo puede provenir del principio mismo de la vida social, el espíritu de justicia.

Oh, no me refiero a esa justicia teórica y abstracta que, despreocupada de lo real, traza en el espacio vacío un plan geométrico y postula la forma sin abordar la materia. Lo más frecuente es que se muestre incapaz de encontrar ningún punto de contacto con los hechos o, si lo logra, que se vea conducida por la resistencia que estos oponen, y que ella no había tenido en cuenta en sus cálculos, a dudar de su propia virtud y a desesperar de ella misma. Hablo de la justicia encarnada en el hombre justo, de la justicia que vive y actúa, atenta a insertarse en los acontecimientos, pero no sin antes pesar en su balanza el acto y la consecuencia, siempre temerosa, sobre todo, de alcanzar el bien a costa de un mal aún mayor. La justicia, cuando se manifiesta de este modo en un hombre de bien, se convierte en un sentido delicado, una visión o más bien un tacto de la verdad práctica. Le da a dicho hombre la medida exacta de lo que debe exigir de sí y lo que puede esperar de los otros. Lo conduce directamente, como haría el instinto más infalible, a lo que es deseable y realizable. Le muestra las injusticias que deben corregirse y, en consecuencia, el bien que debe hacerse, las precauciones que deben guardarse, es decir, la injusticia que no hay que cometer. Lo cuida de cometer errores y torpezas, gracias a esa rectitud del juicio que proviene de la rectitud del alma. Simple y clara, esta justicia es a los razonamientos encadenados y las experiencias multiplicadas lo que el oro puro es a la moneda. Si logra llevar hasta tales extremos la inteligencia de la vida, seguramente se debe a que ha logrado acceder a su principio; y, por más que brille con todo su fulgor solamente entre los mejores de nosotros, no por eso deja de manifestar lo que hay de más esencial e íntimo en la humanidad. Lo mismo sucede con las capas más profundas de la corteza terrestre, aquellas que los levantamientos

han arrancado de las entrañas mismas de la Tierra: para descubrirlas hace falta treparse a las cumbres más altas.

Veo, entonces, en el buen sentido la energía interior de una inteligencia que se reconquista en todo momento a ella misma, eliminando las ideas ya hechas para hacer un lugar a las que se están haciendo ahora, y tomando lo real como modelo a través del esfuerzo continuo de una atención perseverante. Y veo también en ella el destello intelectual de un ardor moral intenso, el tino de las ideas basadas en el sentimiento de la justicia, y finalmente el espíritu rectificado por el carácter. Nuestra filosofía, obnubilada por distinciones fijas y tajantes, traza una línea de demarcación bien clara entre la inteligencia y la voluntad, entre la moralidad y el conocimiento, entre el pensamiento y la acción. Y he allí, en efecto, dos direcciones distintas que encara, en su desarrollo, la naturaleza humana. Pero me parece que la acción y el pensamiento tienen una fuente común, que no es ni la pura voluntad, ni la pura inteligencia, sino el buen sentido. ¿No es, efectivamente, el buen sentido el que da su carácter razonable a la acción y su carácter práctico al pensamiento?

Observen la solución que ofrece el buen sentido a los grandes problemas filosóficos: verán, creo yo, que es la solución socialmente útil, la que facilita el lenguaje y favorece la acción. Por otra parte, estudien los caminos y los actos que el buen sentido nos aconseja: verán que, sin una profunda reflexión previa, nos dice lo mismo que nos hubiera dictado la más perfecta razón. Al parecer, en cuestiones especulativas, el buen sentido apela a la voluntad, y en cuestiones prácticas, recurre a la razón. Por eso podríamos vernos tentados a detectar en él el resultado de una combinación, un acuerdo íntimo entre las exigencias del pensamiento y las exigencias de la acción. De hecho, ésa es la manera más clara de formularlo; pero yo me inclinaría, en lo que respecta al fondo del asunto, a enfocar las cosas de un modo muy distinto, del modo opuesto: consideraría que el buen sentido es la disposición original, y que los hábitos del pensamiento y las leyes de la voluntad son dos emanaciones, dos

desarrollos divergentes de esta facultad primitiva de orientación. Pues no puedo representarme ni un juego de voluntades asociadas que no tenga un fin ulterior razonable, ni un funcionamiento natural del pensamiento que no tenga un destino práctico. Por eso hace falta que estas dos formas de la actividad puedan derivar de una misma y única fuerza, que responda a las necesidades fundamentales de la vida en sociedad, y esa especie de sentido social es precisamente lo que llamamos buen sentido. Si éste también es el fondo, la esencia misma del espíritu, ¿no deberíamos encontrarlo, como decía Descartes, «entero en cada uno de nosotros», innato y universal, independientemente de la educación recibida? Así sería, pienso yo, si en el alma y la sociedad no hubiera más que vida, si no estuviéramos condenados a arrastrar con nosotros el peso muerto de vicios y prejuicios, si no fuéramos susceptibles, por una distracción momentánea o duradera, a vivir y pensar exteriormente a nosotros mismos, y si no dejáramos que nuestra inteligencia tomara decisiones, por así decirlo, abstractas, en lugar de mantenerla en constante contacto con la tensa energía de la voluntad. Pero es raro que la naturaleza produzca espontáneamente un alma libre y dueña de sí misma, un alma acorde a la armonía de la vida. La educación debe intervenir en general no tanto para dar impulso como para despejar obstáculos, para correr un velo más que para irradiar luz.

¿Hasta dónde llega la influencia de la educación, y la de los estudios clásicos en particular? ¿De qué son capaces, y qué debemos pedir de ellos? Pues lo cierto es que distan de poder oponerse por igual a todas las distintas fuerzas que he enumerado y que tienden a desviar el buen sentido.

Uno de los mayores obstáculos a la libertad del espíritu, decíamos, son las ideas que el lenguaje nos ofrece ya hechas, y que por así decirlo respiramos en el entorno que nos rodea. Nunca se asimilan a nuestra sustancia: incapaces de participar de la vida del espíritu, perseveran en su rigidez y su inmovilidad. Son verdaderas ideas muertas. ¿Por qué las preferimos, entonces, tan a menudo a

las ideas vivas y vibrantes? ¿Por qué nuestro pensamiento, en lugar de esforzarse por ser verdaderamente amo de sí mismo, prefiere exiliarse y distanciarse de sí? Esto se debe, en primer lugar, a la distracción, y al hecho de que, a fuerza de divertirnos durante el camino, ni sabemos a dónde queremos ir.

Tal vez habrán notado a esos extranjeros que, ante nuestros monumentos y museos, sostienen un libro abierto, un libro donde se describen seguramente las maravillas que los rodean. Absortos en esa lectura, ¿no parecen olvidar por su culpa, a veces, las cosas hermosas que habían venido a ver? De igual forma muchos de entre nosotros viajan a través de la existencia, con los ojos fijos en las fórmulas que leen en una especie de guía interior, olvidándose de ver la vida para limitarse a seguir lo que se dice de ella, pensando generalmente en las palabras más que en las cosas. Pero tal vez obre aquí algo más, algo mejor que una distracción accidental del espíritu. Tal vez una ley natural y necesaria quiera que nuestro espíritu comience por aceptar las ideas hechas, que viva bajo una especie de tutela, a la espera de aquel acto de voluntad, que algunos siempre postergan, mediante el cual logrará dominarse. El niño no ve en la naturaleza exterior más que aquellas formas burdas y convencionales que dibuja sobre el papel desde que tiene un lápiz en la mano: éstas se interponen, en su caso, entre el ojo y el objeto; le ofrecen una simplificación cómoda. Y para muchos de nosotros, dichas formas siguen interponiéndose de igual manera, hasta el día que el arte nos abra los ojos a la naturaleza.

Yo compararía esos dibujos infantiles con las ideas que encontramos en el interior de las palabras. Cada palabra representa una porción de la realidad, pero se trata de una porción recortada burdamente, como si la humanidad la hubiera tallado según su comodidad y sus necesidades, en lugar de seguir las articulaciones de lo real. Nos resulta imprescindible adoptar provisoriamente esta filosofía y estas ciencias ya hechas; pero son apenas puntos de apoyo para escalar más alto. Más allá de las ideas frías y fijas en el lenguaje, debemos buscar el calor y la movilidad de la vida.

Veo justamente en la educación clásica, antes que nada, un esfuerzo por romper el hielo de las palabras y reencontrar debajo la libre corriente del pensamiento. Al ejercitarse, jóvenes alumnos, en la traducción de ideas de una lengua a otra, se habitúan a cristalizarlas, por así decirlo, en diversos sistemas diferentes; de ese modo, las libran de toda forma verbal detenida, y esto los invita a pensar las ideas mismas, independientemente de las palabras. La preferencia de la educación clásica por la Antigüedad no se basaba solamente en una enorme admiración por los modelos puros; se estimaba también, sin duda, que las lenguas antiguas, las cuales recortaban la continuidad de las cosas siguiendo líneas muy distintas a las nuestras, conducían, mediante un ejercicio más violento y rápidamente eficaz, a la liberación de la idea. Y por otro lado, ¿es que ha existido esfuerzo comparable al de los antiguos griegos a la hora de dar a la palabra la fluidez del pensamiento? Sin embargo, se expresen en la lengua que sea, los grandes escritores pueden hacer el mismo favor a nuestra inteligencia, pues todos han tenido y han intentado brindarnos una visión directa de lo real, en casos en los que nosotros sólo percibimos las cosas a través de nuestras convenciones, nuestras costumbres y nuestros símbolos. En ese sentido, la educación clásica, incluso cuando parecería darle la mayor importancia a las palabras, nos enseña a no dejarnos engañar por ellas. Esta educación podrá cambiar de objeto específico, pero conservará siempre el mismo fin general, que es el de alejar nuestro pensamiento del automatismo, el de desasir formas y fórmulas; en otras palabras, el de reestablecer en ella la libre circulación de la vida. La filosofía continúa en el mismo sentido la labor así comenzada. Somete los principios últimos del pensamiento y de la acción a la crítica. No otorga ningún precio a la verdad recibida pasivamente; quiere que cada uno de nosotros reconquiste la verdad a través de la reflexión, se la gane a través del esfuerzo, y la haga penetrar en lo más profundo de sí, animándola con su propia vida, e imprimiéndole suficiente fuerza como para fecundar el pensamiento y dirigir la voluntad. El buen sentido tal vez pueda prescindir de ella;

pero si este reside en el esfuerzo y tiende antes que nada a la libertad, no veo cómo podría recibir mejor estímulo.

Sin embargo, no basta con apartarse de los símbolos y acostumbrarse a ver. Hace falta además, digamos, deshabituarse de cierta manera demasiado abstracta de juzgar, y cultivar un modo muy particular de la atención. Ciertas ciencias tienen la ventaja de hacernos ver más de cerca la vida. Así, estudiar a fondo el pasado nos ayudará a comprender el presente, siempre y cuando nos cuidemos de caer en analogías engañosas, y busquemos en la historia, como dijo un historiador contemporáneo, causas más que leyes. Las ciencias físicas y matemáticas tienen un objeto menos concreto, pero nos hacen comprender admirablemente la virtud propia y la utilidad especial de métodos que empleamos un poco a la ligera todos los días. Como sólo generalizan en aquellos casos donde hay leyes estables, y sólo deducen en aquéllos donde podemos crear nuestras definiciones, nos revelan claramente, mediante un verdadero «pasaje al límite», las condiciones ideales de la deducción rigurosa y la generalización legítima. Mientras más ahonden ustedes en ellas, por ende, menos tentados se verán de trasladar tal cual los procedimientos que allí se aplican a cosas de la vida práctica. Esto no se debe únicamente al hecho de que la precisión de dichos procedimientos es demasiado minuciosa y se traduciría, al momento de actuar, en oscilaciones demasiado largas —un poco como si uno quisiera utilizar en la cocina una balanza de laboratorio— sino también, y sobre todo, a que el buen sentido correría, me parece, enormes riesgos en esa traslación. Hay un error grave, que consiste en razonar sobre la sociedad como se razona sobre la naturaleza y descubrir en ella no sé qué mecanismo de leyes ineluctables; es decir, en desconocer la eficacia de la voluntad y la fuerza creativa de la libertad. Hay otro error grave, en el que caen los espíritus quiméricos: estos postulan la fórmula de un ideal simple, y de allí deducen geométricamente sus consecuencias para la organización de la sociedad, como si las definiciones dependieran aquí de nosotros, como si para nuestra libertad no representaran límite

alguno las condiciones mismas de la naturaleza humana y de la vida social. El buen sentido está a medio camino entre estas dos torpes imitaciones de la física y la geometría. Quizá no tenga un método propiamente dicho, pero sí una cierta manera de obrar. A riesgo de contradecir una opinión muy difundida, yo diría que el método de los filósofos es el que más parece acercarse al suyo; pues toda gran doctrina filosófica adhiere a determinados principios y se basa en determinados hechos, sin que uno pueda ni inducirla rigurosamente de esos hechos, porque los desborda, ni deducirla enteramente de esos principios, porque ha sabido hacerlos tambalear. Ustedes verán que a veces el mejor discípulo de un gran maestro ofrece una exposición más sistemática de la doctrina y también, en apariencia, de una claridad superior. Y eso se debe precisamente a que él ha seguido hasta el final, con su lógica más abstracta y más simple, las ideas dominantes del sistema. Pero hace falta remontarnos a la obra del maestro para entrar en comunicación con su lógica personal y profunda, moldeada sobre la base de lo real, flexible como la vida misma, y capaz, como la naturaleza, de presentar elementos siempre nuevos a nuestro pensamiento, que en vano quisiera analizarla hasta agotarla. Ahora bien, en mi opinión esta facultad es a la especulación lo que el buen sentido a la vida práctica.

La educación del buen sentido no consistirá solamente, entonces, en liberar a la inteligencia de las ideas hechas, sino también en evitar que caiga en ideas demasiado simples, detenerla en medio de la resbaladiza pendiente de las deducciones y las generalizaciones, y prevenir que confíe excesivamente en sí misma. Vayamos aún más lejos: el mayor peligro que representa la educación para el buen sentido sería el de fomentar nuestra tendencia a juzgar a los hombres y las cosas desde un punto de vista puramente intelectual, a medir nuestra valía y la de los demás tomando como único mérito la agudeza, a extender este principio a las sociedades mismas, a ver con buenos ojos solamente aquellas instituciones, leyes y costumbres que lleven la marca externa y superficial de la claridad lógica y la sencillez organizativa. Esos criterios tal vez serían

convenientes en una sociedad de puros espíritus, consagrados a una existencia exclusivamente especulativa; pero la vida real está orientada a la acción. La inteligencia es una de las fuerzas que actúan en la vida real, lo reconozco; incluso es la más evidente de todas, ya que su rol es el de iluminar; pero no es la única. ¿Por qué nos sirven menos en la vida los dones del espíritu que las cualidades del carácter? ¿Por qué hay tantos intelectos brillantes y penetrantes que son incapaces, a pesar de los más grandes esfuerzos, de producir una obra o realizar una acción? ¿Y por qué las palabras más bellas no producen eco alguno si no se las pronuncia con el énfasis debido? ¿No será que la inteligencia actúa gracias a no sé qué potencia oculta, de cuyo esfuerzo la inteligencia vendría a ser el símbolo, y que donde esta fuerza está en falta, el espíritu no tiene ni suficiente impulso como para ir muy lejos, ni suficiente peso como para penetrar profundamente en aquello que toca? Hemos visto aquí cómo la función puede crear al órgano, y cómo facultades intelectuales inesperadas pueden surgir bajo la presión de una fuerza moral intensa. De igual modo, la historia nos enseña que la grandeza de una nación depende menos de su desarrollo intelectual aparente que de ciertas reservas invisibles de energía de las cuales se alimenta la inteligencia; es decir, la fuerza de voluntad y la pasión de las grandes cosas. Pues bien, ésa es la idea que la educación puede grabarnos en lo más profundo de nuestro ser, no mediante ninguna demostración especial, sino a través de mil lecciones tomadas de la historia y de la vida. No sólo nos ahorrará así muchas decepciones y muchas sorpresas, sino que además, por intermedio de la inteligencia a la que necesariamente debe dirigirse, invocará la fuerza de nuestra capacidad de sentir y de querer. Y de este modo encauzará de nuevo al alma en su dirección natural, que es justamente el buen sentido.

Ésos son, en mi opinión, los diferentes puntos en que el buen sentido puede desarrollarse gracias a la educación en general y a los estudios clásicos en particular. Al dirigir su atención, caballeros, hacia el último de ellos, el más importante, no he hecho más que

comentar aquellas palabras que ustedes no han olvidado, esas que aquí mismo pronunció, hace dos años, el rector de la universidad: «Quisiera —dijo él— que pusiéramos un poco de ardor e imaginación en buscar lo justo y propagarlo. No dejen de repetirse que, incluso en un siglo de ciencia y de pensamiento, el futuro siempre les sonreirá y les será propicio sobre todo a quienes sepan conservar intacta la capacidad de sentir». Es esta capacidad de sentir lo que yo he creído ver en el fondo del buen sentido.

Sin este estrecho parentesco, sin esta armonía entre el sentido de lo real y la facultad de conmoverse profundamente por el bien, no se entendería cómo la Francia, clásica tierra del buen sentido, ha podido verse sacudida a lo largo de toda su historia por la presión que en su interior han ejercido sus grandes entusiasmos y sus pasiones generosas. La tolerancia que ha inscrito en sus leyes y que ha enseñado al resto del mundo le fue revelada gracias a una fe joven y ardiente; las fórmulas más sabias, las más mesuradas, las más razonables en materia de derecho e igualdad surgieron de su corazón y afloraron en sus labios en un momento de entusiasmo. En sus escritores más íntimamente sensatos, incluso en aquellos que aguzaron el buen sentido en ingenio, uno adivina, tras las cualidades del orden, del método, de la claridad, una calidez intensa que se ha vuelto luminosa. Y la transparencia misma de su lengua, la alada levedad de su fraseo, hecha para llevar lo más lejos posible las ideas generales, ¿no responden acaso al impulso de un alma que busca, debido a los potentes sentimientos que la trabajan, el aire libre y los grandes espacios? Créanme, jóvenes alumnos, la claridad de las ideas, la firmeza de la atención, la libertad y la moderación del juicio, todo eso forma el envoltorio material del buen sentido; pero la pasión de la justicia es lo que constituye su alma.

LA INTELIGENCIA[6]

La palabra inteligencia designa, en este discurso, la facultad general de pensar y de conocer, facultad que además, según he intentado demostrar, debe dividirse en inteligencia propiamente dicha e intuición. «Inteligencia» e «intuición» son dos funciones que difieren profundamente, por su mecanismo y por su origen, pero que colaboran en el acto del pensamiento; y es en el sentido de «pensamiento» en general que uno usa la palabra inteligencia cuando no busca mayor precisión.

—H. B.

Estimados alumnos,

Permítanme, primero, agradecer a su muy querido y distinguido director por el gran honor que me ha concedido al proponer que yo presidiera esta ceremonia, y al generoso señor ministro por haber aceptado. Quisiera luego expresar el placer que siento al venir a visitarlos. Su casa de estudios es casi nueva, su familia es de fundación reciente, ustedes no tienen antepasados. Pero si bien es honorable continuar debidamente una tradición, a menudo es más difícil y a veces más meritorio crear una nueva. La tradición que con su trabajo ustedes intentan crear aquí es excelente, lo sé, y estoy tan contento como halagado de poder presidir la ceremonia donde ustedes recibirán éstos más que merecidos laureles.

Acaban de escuchar una bella y profunda lección sobre la independencia del espíritu y la independencia de la voluntad. Ni la una ni la otra acudirán a nosotros por sí solas; hace falta que seamos nosotros quienes vayamos a buscarlas: debemos conquistarlas mediante el esfuerzo. El esfuerzo es el que nos libera de las servidumbres interiores; sólo el esfuerzo tiene potencia liberadora. Ahora quisiera decirles algunas palabras sobre lo que llamaré la potencia creativa del esfuerzo. Es una potencia maravillosa. Transforma todo lo que toca. Convierte el plomo más vil en el oro más puro. De poco extrae mucho; y de la nada, algo. No hay cualidad demasiado preciosa o talento demasiado infrecuente del cual no podamos muñirnos si hemos llevado nuestra voluntad al grado de concentración necesaria, y si yo, por mi parte, estuviera seguro de haber llevado la mía hasta ese punto, rechazaría como regalos inútiles la lámpara de Aladino y la varita mágica con la que suelen representar a las hadas.

Tuve como compañero de liceo a un niño que les propondré como modelo, pues no era, según todos sus maestros, ni muy laborioso ni muy inteligente. Pasaba de clase a clase con esa reputación, y hacía lo necesario para conservarla. Sin caer al nivel de los peores alumnos, se mantenía siempre a igual distancia de los mejores, como si hubiera decidido que uno debe desconfiar de los extremos y que la virtud reside en el justo medio. Unida a su mediocridad, su mala suerte le hizo reprobar dos o tres veces el examen para recibir su título de bachiller; lo perdí de vista cuando la pregunta era quién se cansaría antes: él de presentarse a la Sorbona, o los evaluadores de verlo presentarse de nuevo… Me lo encontré veinte años después, no diré que convertido en un gran médico, pero sí en un médico distinguido, muy apreciado, muy consultado; se había hecho su reputación, casi su fama, y lo que es más admirable y mucho más deseable aun, se había vuelto inteligente. Supe después que, seducido y envuelto por el estudio y, sobre todo, por la práctica de la medicina, se había como reconcentrado en sí mismo, había tensado todos los resortes de su

alma, había fijado en un solo punto su atención hasta entonces dispersa, apelando a toda su voluntad y toda su capacidad de conmoverse y, a través de una de esas transferencias interiores de fuerza, más frecuentes de lo que uno cree, habiendo desplazado, por decirlo de algún modo, del corazón a la cabeza la masa de energía así acumulada, había logrado hacer de sí mismo aquello que quería ser: un hombre inteligente.

Es que la inteligencia, mis queridos amigos (hablo sobre todo de la inteligencia adulta, la que el hombre utiliza en las ciencias, las artes y la vida cotidiana) no es lo que algunos de ustedes tal vez crean que es, un don repartido una vez y para siempre entre todos los hombres, una semilla caída del cielo, que el capricho del viento lleva a donde se le antoje soplar. No confundamos las flores, a veces exquisitas, que vemos nacer de la inteligencia con la inteligencia misma. Cuando un compañero tiene buena memoria y cierta facilidad, y ocurrencias memorables e invenciones agradables, a ustedes les gusta decir que es inteligente. Y efectivamente, esa facilidad a menudo es el signo exterior de la inteligencia, y esa vivacidad da a la inteligencia un gran encanto. Pero la inteligencia es otra cosa.

Cuando un hombre habla bien y escucha todavía mejor, cuando percibe de inmediato algunos rasgos esenciales del tema que uno le explica y cuando, generalmente incapaz de ir más allá de esa visión incompleta, se contenta con ella y deduce incluso ideas simples destinadas a parecer claras, y cuando de este modo aprende con mucha rapidez, sobre cualquier tipo de cuestión, lo justo y necesario para conversar convincentemente al respecto, y cuando, por último, tiene el tacto de no excederse de un tiempo muy determinado al hablar o escribir sobre un mismo tema, tiempo lo suficientemente largo como para hacer valer lo que sabe y lo suficientemente corto como para poder callar lo que ignora, ustedes escucharán decir también que se trata de un hombre inteligente. Y reconozco que esta agilidad intelectual suele venir acompañada de alguna inteligencia; que puede resultar muy útil cuando se ve moderada por

el afán de atenerse a la verdad; que nos es incluso indispensable a todos comprender de este modo, burdamente, desde afuera, una gran cantidad de cosas cuyo interior se nos escapará siempre. Sí, en el gran concierto que los integrantes de la sociedad humana ejecutan juntos, sin duda cada uno debe conocer a fondo su parte y el mecanismo de su instrumento, pero ninguno podría siquiera tocar a tiempo si ignorara hasta tal punto los otros instrumentos que no pudiera acompañarlos, o si no hubiera aprendido a seguir de lejos, gracias a los movimientos del director de orquesta, el esquema exterior de la partitura entera. Admito todo eso, y agrego que la instrucción que ustedes reciben en el liceo debe servir en gran parte para desarrollar en ustedes, y para dirigir debidamente, esta capacidad de comprensión muy general, infinitamente extensible, que es algo así como una elasticidad más amplia de la inteligencia. Pero la inteligencia es otra cosa. La verdadera inteligencia es lo que nos hace penetrar en el interior de lo que estudiamos, tocar su fondo, aspirar su espíritu y sentir palpitar su alma. Sea la inteligencia del abogado o del médico, la del industrial o el comerciante, la inteligencia siempre es esa corriente de simpatía que se establece entre el hombre y la cosa, como entre dos amigos que se entienden a medias palabras y ya no se guardan secretos. Vean cómo el crítico experimentado adivina las intenciones más ocultas del autor que comenta, cómo el historiador sagaz lee entre líneas los documentos que compulsa, cómo el químico habilidoso prevé las reacciones del cuerpo que manipula por primera vez, cómo el buen médico anticipa los síntomas visibles de una enfermedad, cómo el buen abogado entiende su caso mejor que ustedes mismos. Todos estos hombres manifiestan, en sus respectivas disciplinas, una misma capacidad intelectual, la capacidad de armonizar con las cosas, de seguirlas en sus más sutiles movimientos y vibrar simpáticamente con ellas. ¿Qué capacidad es ésta? ¿La confundiremos acaso con el conjunto de conocimientos adquiridos y acumulados? No del todo, pues ésta se aplica sin cesar y con éxito a casos enteramente nuevos. ¿Se trata pura y sencillamente de la facultad de razonar? Tampoco, pues por sí

solo el razonamiento no nos conduce más que a conclusiones generales, prendas ya fabricadas e inflexibles que rara vez logran adaptarse a las formas imprevistas y ondulantes que presentan los casos particulares; en cambio, esta facultad del espíritu de la que hablamos se moldea exactamente según la forma propia de cada cuestión, y trabaja siempre a la medida. No, no es ni la ciencia pura ni el razonamiento solo, ni nada que se aprenda de memoria, ni nada que se exprese en fórmulas. Es una adaptación exacta del espíritu a su objeto, una adaptación perfecta de la atención, una cierta tensión interior, que nos da en el momento deseado la fuerza necesaria para aprehender con rapidez, estrechar con vigor y retener a largo plazo. Es, en suma, en el sentido propio de la palabra, la inteligencia.

Se deduce de esto que la inteligencia, en el hombre maduro, tiende siempre en una dirección que prefiere a todas las demás. Tiene su dominio predilecto, donde se siente a sus anchas. Tiene su entorno familiar de objetos con los cuales se mantiene en comunicación simpática. El entorno puede ser más o menos variado, el dominio más o menos vasto, sin que por eso dejen de ser limitados: no hay, ni puede haber, un hombre universalmente inteligente. Pero lo más maravilloso es que mientras más cómoda se sienta nuestra inteligencia en un terreno determinado —siempre y cuando éste no sea demasiado estrecho—, menos desorientada se sentirá en todos los otros. La naturaleza ha dispuesto así las cosas. Ha establecido entre los dominios intelectuales más alejados comunicaciones subterráneas. Ha dispuesto entre los órdenes de cosas más diversas, como si fueran hilos invisibles, las misteriosas leyes de la analogía. Se sorprenderían de ver cómo un hombre que ha calado en lo más hondo de su ciencia, arte o profesión, puede desenvolverse con relativa facilidad en medios muy distintos. Y podrá hacerlo, sobre todo, si ha tenido la fortuna de recibir una educación como la que a ustedes les imparten aquí; pues el objetivo principal de los estudios clásicos antiguos y modernos, literarios o científicos, es procurar al espíritu, mediante una gimnástica

apropiada, la flexibilidad que le permitirá pasar fácilmente de lo que sabe a lo que ignora, y utilizar un poco en todas las áreas la precisión que habrá conseguido en un área particular. Pero hace falta que adquiera antes esa precisión. A eso se reduce lo esencial de la inteligencia. Imaginen una cuerda tensada por un peso. Si ustedes tocan, al lado, en un instrumento musical, la nota que esa cuerda es capaz de dar por sí misma, vibrará al unísono; pero, de igual forma, responderá también a todas esas notas que denominamos los armónicos de la primera. Así sucede con nuestra inteligencia. La tensión particular que habremos sabido infundir a nuestro espíritu lo dispondrá sobre todo a vibrar al unísono con cierta nota; pero si es capaz de dar esa nota exacta, si está tensionado como se debe, podrá dar también, aunque más discretamente, miles y miles de armónicos de ese sonido fundamental.

Pues bien, como vemos, esta adaptación perfecta del espíritu a los objetos de los cuales se ocupa, adaptación que es la inteligencia misma, en gran medida puede adquirirse. Se adquiere mediante un esfuerzo de voluntad. A pesar de las apariencias, se trata apenas de una concentración de la atención y, por consiguiente, una forma de esfuerzo voluntario. Mientras más potente sea este esfuerzo de concentración, más profunda y completa será la inteligencia. Ustedes quizá sepan que se está comenzando a estudiar de manera científica, a través del método experimental, los delicadísimos problemas que supone la educación. Lo que ya se deja entrever gracias a dichos experimentos metódicos es que, en cualquier materia, donde sea que haya un trabajo efectuado para *comprender*, el progreso no se logra gradualmente, mediante transiciones insensibles, como una observación superficial nos haría creer. Este procede, en cierto sentido, mediante saltos bruscos. Así, por poner el ejemplo más sencillo, cuando aprendemos en un país extranjero una lengua que nos es desconocida, durante mucho tiempo no oímos más que sonidos confusos, todos parecidos entre sí, hasta que en un momento distinguimos más o menos palabras diferentes, y eso sucede de un día para el otro, como por una iluminación

repentina. Luego nos quedamos en ese nivel, y si logramos nuevos progresos, es gracias a nuevos sobresaltos. La misma ley se aplica, por otra parte, a todo tipo de inteligencia: a la inteligencia de la geometría, a la del álgebra, a la de todas las ciencias, todas las artes, todas las profesiones. Ahora, si examinamos aun más de cerca lo que ocurre, si miramos, por así decirlo, detrás de esos arrebatos, veremos que cada uno corresponde a un impulso de la voluntad, a una tensión mayor de energía interior, a la decisión inamovible de superar el punto en el que nos hemos detenido y —permítanme usar esta expresión familiar— pegar un salto por encima de uno mismo. ¡Oh! Es un esfuerzo penoso, que exige una inversión creciente de fuerza, como si nuestro resorte interior se fuera endureciendo más y más a medida que lo vamos comprimiendo. Es un esfuerzo que puede tornarse doloroso, tan doloroso que muchos de nosotros postergamos indefinidamente el momento de realizarlo. Es por eso que ustedes ven a tantas personas que se quedan a mitad de camino, se contentan con tener una habilidad promedio, y esperan que el mero hábito de ejercerla la perfeccione. Pero el hábito no la perfeccionará. El hábito explota todo el potencial del esfuerzo ya hecho, y nos devuelve con total honestidad la suma que invertimos, pero ni un centavo más. Todo verdadero progreso de la inteligencia, todo aumento de capacidad o penetración, representa un esfuerzo por el cual la voluntad ha conducido al espíritu a un nivel de concentración superior.

La concentración es, mis queridos amigos, el único secreto de la superioridad intelectual. Es ella la que distingue al hombre del animal, pues el animal es el gran distraído de la naturaleza, siempre a merced de las impresiones que recibe de afuera, siempre exterior a sí mismo, mientras que el hombre reflexiona y se concentra. Es ella la que distingue al hombre despierto y razonable del hombre que divaga y del que sueña, pues este abandona su espíritu a todas las ideas que se le cruzan por la cabeza, y aquél se domina constantemente, reencauzando sin cesar su atención hacia las realidades de la vida. Es ella la que distingue al hombre superior del

hombre ordinario: éste se da por satisfecho con una habilidad promedio que le permita descansar y distenderse, mientras que el otro no ceja en su aspiración a superarse. Es ella, quizá, la esencia misma de la genialidad, si la genialidad realmente es una visión de un instante que se gana con años de labor, de reflexión y de espera. Sí, a lo que más solemos prestar atención es a las cualidades intelectuales, porque son las que brillan en la superficie; no reconocemos lo suficiente que la fuente profunda de toda energía, incluso intelectual, es la voluntad. La gracia, la delicadeza, el ingenio, las fantasías de poeta, las invenciones de sabio, las creaciones de artista, eso es lo que se ve; lo que no se ve es el trabajo de la voluntad, que se contrae y se retuerce sobre sí misma para exprimir de su sustancia esas asombrosas manifestaciones. Es como la poderosa rotación de la máquina que gira obstinadamente en el oscuro subsuelo del teatro y que se traduce más arriba, en la sala, ante los asombrados ojos de los espectadores, en una cascada de luces.

Trabajen entonces, mis queridos amigos, para alimentar en ustedes esta caldera de energía. Unifiquen sus esfuerzos, concentren su atención, permitan que su voluntad despliegue todas sus fuerzas para que su inteligencia pueda desplegar todo su brillo. Desciendan a lo más profundo de su ser para traer a la superficie todo lo que en él encuentren… o, mejor dicho, más de lo que en él puedan encontrar. Sepan que su voluntad es capaz de realizar ese milagro. Exijan que lo haga. Recuerden que ustedes están aquí para eso, que los estudios que están llevando a cabo indudablemente valen mucho por sí mismos, pero aún más por el hecho de arraigar en ustedes la costumbre de fijar su atención y de ejercer su voluntad. Aprovechen sus estudios lo más posible, tomen la firme decisión de convertirse gracias a ellos en ciudadanos capaces de invertir una suma siempre creciente de energía intelectual al servicio de su país, no dejen de tensar cada vez más los resortes en su interior y no duden en forzarlos cuando haga falta, y repítanse, por más que el exceso de

esfuerzo no esté de moda, que el futuro les pertenece a los que se esfuerzan en exceso.

ANEXO I
CARTA AL RECTOR OCTAVE GRÉARD[7]

Por buen sentido entiendo la facultad de orientarse en la vida práctica, de ver y razonar con precisión, no solamente en cuestiones personales, sino además, y sobre todo, en las del país. Es más que el instinto y menos que la ciencia; veo en el buen sentido, antes que nada, un cierto pliegue contraído por el espíritu, un cierto hábito de mantenerse en contacto con la realidad, sin perder por ello nunca la capacidad de mirar a lo más alto. Pero si se trata de un hábito, la educación debe poder influir en él. ¿Hasta dónde se extiende esa influencia de la educación? ¿En qué medida los estudios literarios, por un lado, los estudios científicos, por el otro, y la reflexión filosófica son capaces de desarrollar el sentido de lo real junto con la preocupación por lo ideal? Ésas son, si a usted le parece bien, estimado rector, las preguntas que intentaré responder.

ANEXO II
LA CORTESÍA[8]

[*Jóvenes alumnos*,

Estaría faltando a una tradición ya consagrada si no empezara disculpándome por robarles este tiempo de sus tan merecidas vacaciones; estaría faltando sobre todo a la cortesía, que es precisamente el tema del que quiero hablarles. Debo reconocer que siento cierta reticencia a perseguirlos con una lección de moral incluso en un día de fiesta; pero, visto y considerando, creo que me perdonarán, en primer lugar porque *la lección será corta, en segundo lugar porque es la última, y quizá también, en tercer lugar, porque no tendrán que aprendérsela*.

Quisiera entonces indagar con ustedes en qué consiste la verdadera cortesía: ¿es una ciencia, un arte o una virtud? Algunos se imaginan que la cortesía consiste en saber saludar, entrar, salir, sentarse y en observar, en cualquier circunstancia, los preceptos tan prolijamente enumerados en los códigos] de *La civilité puérile et honnête*[9]. Si la cortesía consistiera sólo en eso, me vería muy contrariado, pues [*muchos salvajes*] podrían afirmar con frecuencia ser más corteses que nosotros. Nosotros nos limitamos a sacarnos el sombrero; [*ellos*] se quitan varias prendas, e incluso las sandalias, cuando las tienen. El tono con el que le decimos a cualquiera: «¿Cómo está usted?», le da a entender claramente que su salud es lo que menos nos preocupa en el mundo. No crean que semejantes modales se tolerarían [*entre los indios de la Araucanía*]: allí ningún hombre se dirige a otro sin intercambiar, durante más o menos un cuarto de hora, algunas fórmulas convencionales de cortesía cuya omisión sería vista como una ofensa mortal. Esto nos demuestra que los pueblos más civiles no son siempre los más civilizados. Nos queda por saber, es cierto, si la civilidad y la cortesía son una misma

cosa; yo lo dudo un poco. […] Las infinitas precauciones que toman [*ciertos personajes*] cuando nos hablan parecen calculadas para mantenernos a distancia; su cortesía es un barniz, [*pero uno de esos barnices demasiado frescos, a los que uno teme acercarse*]. No nos sentimos cómodos cuando por alguna casualidad los visitamos; los adivinamos egoístas, indiferentes; y al poco tiempo nosotros mismos nos volvemos injustos y empezamos a tomar a mal todo lo que dicen y todo lo que hacen. Si sonríen, creemos que es por piedad; si están de acuerdo con todo lo que les decimos, pensamos que es para librarse de nosotros lo más rápido posible; si nos conducen hasta la puerta, es para asegurarse de que nos hayamos ido. Con esto no quiero decir que haya que romper con las formas y fórmulas de la civilidad: no tenerlas en cuenta [*es*] signo de mala educación. Pero me niego a creer que las fórmulas hechas, que se aprenden de memoria y sin el menor esfuerzo, que resultan igual de convenientes al más necio y al más sabio, que [*las razas inferiores*] respetan tanto o más que nosotros, sean la prueba definitiva de la cortesía mundana. ¿Qué es la cortesía, entonces, y cómo la definiremos?

[*En el fondo de la verdadera cortesía encontrarán un sentimiento, que es el amor a la igualdad. Pero hay muchas maneras de amar la igualdad y de comprenderla. La peor de todas consiste en no tener en cuenta en lo más mínimo la superioridad de talento o de valor moral. Es una forma de la injusticia, que se origina en los celos, la envidia, o un deseo inconsciente de dominación. La igualdad que reclama la justicia es una igualdad de relación, y por consiguiente una proporción entre el mérito y la recompensa. Llamemos cortesía de los modales, si les parece bien, a cierto arte de demostrar a cada cual, por la actitud y por las palabras, la estima y la consideración a las que tiene derecho. ¿No diríamos que esta cortesía expresa, a su manera, el amor a la igualdad?*

La cortesía del espíritu es otra cosa. Cada hombre tiene sus disposiciones particulares, que dependen de la naturaleza] y de los hábitos que ha adquirido por la educación recibida, la profesión que ejerce, la posición que ocupa en el mundo… Estos hábitos y estas

disposiciones, la mayor parte del tiempo, se corresponden debidamente con las circunstancias que les dieron origen, y constituyen nuestra personalidad moral, fruto de nuestra experiencia y la de nuestros ancestros. Pero precisamente porque esta suma de experiencias varía infinitamente de un individuo al otro, no hay dos hombres que sean iguales; y esto es algo que la diversidad de rasgos, de tendencias y de hábitos adquiridos va acentuando a medida que más y más generaciones humanas se van superponiendo las unas a las otras, y también a medida que la creciente civilización va dividiendo progresivamente el trabajo social, confinándonos, a cada uno de nosotros, dentro de los límites cada vez más estrechos de esto que llamamos un oficio o una profesión. Esta diversidad infinita de hábitos y disposiciones morales debe ser vista como una gran fortuna, pues es el resultado necesario de un progreso conseguido por la sociedad, pero no está libre de inconvenientes. Y el hecho de que nos entendamos menos en las pequeñeces, de que nos sintamos desorientados cuando salimos de nuestras ocupaciones habituales, en suma, esta división del trabajo social —que hace aún más estrecha la unión entre los hombres en todos los puntos importantes, al solidarizarnos los unos con los otros— corre el riesgo de comprometer las relaciones mundanas, que deberían sin embargo ser el lujo y el encanto de la vida civilizada. Tal parece, entonces, que la capacidad de adquirir hábitos duraderos, apropiados a las circunstancias en las que uno se encuentra y al lugar que uno pretende ocupar en el mundo, implica luego otra facultad, la de renunciar durante un instante, cuando urja hacerlo, a los hábitos que uno ha adquirido o incluso a las disposiciones naturales que uno ha sabido desarrollar en su persona, la facultad de ponerse en el lugar de los demás, de interesarse por sus ocupaciones, de pensar lo que ellos piensan y, en pocas palabras, de vivir su vida y de olvidarse de uno mismo. En eso consiste la cortesía [*del espíritu*], la cual en mi opinión no es más que una especie de [*flexibilidad intelectual*]. El perfecto hombre de mundo sabe hablarle a cada persona de lo que a ella le interesa;

mira las cosas desde el punto de vista ajeno sin adoptarlo necesariamente, y lo comprende todo sin por eso perdonarlo todo. […] Lo que nos gusta de él [*es la facilidad con la que se mueve entre los sentimientos y las ideas*]; es [*quizá también*] el arte de hacernos creer cuando nos habla que […] no trataría del mismo modo a cualquier otra persona. Pues lo propio de este hombre tan cortés es [*preferir a cada uno de sus amigos por sobre el resto, y lograr de este modo amarlos a todos por igual. Además, un juez demasiado severo podría poner en duda su sinceridad y su franqueza. Sin embargo, no se equivoquen: siempre habrá entre esta cortesía refinada y la hipocresía obsequiosa la misma distancia que entre el deseo de servir a los demás y el arte de servirse de ellos. Esta cortesía se basa antes que nada, lo reconozco, en el deseo de complacer; pero el deseo de complacer, ¿no es también la base de la gracia? No sé si alguna vez habrán intentado analizar el sentimiento que nos infunde en el alma el espectáculo de una danza graciosa*]. Dicho sentimiento reside, en primer lugar, en la admiración hacia aquellos que ejecutan con soltura y gran facilidad movimientos variados y rápidos, sin impacto ni violencia, sin solución de continuidad, donde cada una de sus actitudes está como prefigurada por la anterior y ya anuncia las siguientes. Pero hay algo más: [*en el sentimiento de la gracia participa, además de una simpatía por la ligereza del artista, la idea de que nosotros mismos nos desembarazamos de nuestra pesadez y de nuestra materialidad. Envueltos por el ritmo de su danza, adoptamos la sutileza de su movimiento sin tomar parte de su esfuerzo, y nos encontramos así con la exquisita sensación que experimentamos en esos sueños donde nuestro cuerpo parece haber abandonado su peso; lo extenso, su resistencia; y la forma, su materia. Y bien, todos los elementos de la gracia física pueden encontrarse en esa cortesía que es la gracia del espíritu. Como la gracia, la cortesía despierta la idea de una flexibilidad sin límites; como la gracia, hace circular entre las almas una simpatía móvil y ligera; como la gracia, en suma, nos transporta de ese mundo donde la palabra está unida a la acción y la*

acción misma al interés, hacia otro mundo completamente ideal, donde palabras y movimientos se liberan de su utilidad y ya no tienen otro fin más que el de gustar]. ¿No diremos entonces que esta cortesía, que tiene mil aspectos diversos, que supone ciertas cualidades del corazón y muchas del espíritu, es la cortesía ideal, la cortesía perfecta, aquélla a la que ni siquiera [*el moralista más severo*] tendría derecho a hacerle ningún reclamo?

Bueno, sucede que ése no es el caso, amigos míos. Por encima de esta cortesía, que no es más que un talento, concibo otra que sería casi una virtud. […] Hay personas tímidas […], que buscan ávidamente la aprobación de los demás porque desconfían de sí mismas, [*y que unen a una vaga consciencia de su mérito el deseo y la necesidad de oírlo alabado por otros*]. ¿Será por vanidad, será por modestia? Lo ignoro, pero mientras que el engreído nos repugna cuando pretende imponer a todo el mundo la buena opinión que tiene de sí mismo, nos sentimos [*más bien*] atraídos hacia aquellos que esperan ansiosamente, para poder tener de su propio mérito esa misma clase de opinión positiva, que nosotros se la comuniquemos de buena gana. [*Un cumplido merecido, una palabra amable*], podrá producir en estas almas delicadas el efecto de un rayo de sol que ilumina de repente una campiña desolada, permitiéndoles volver a disfrutar de la vida. De hecho, será todavía más eficaz, ya que transformará [*a veces*] en frutos las flores que de otro modo se hubieran marchitado. […] En cambio, una alusión involuntaria, una palabra de reproche que venga de una figura de autoridad puede sumirnos en ese lúgubre desaliento donde, insatisfechos de nosotros mismos, [*desesperando del porvenir, creemos ver cerrarse delante de nosotros todos los caminos de la vida*]. Y así como el cristal infinitamente pequeño que cae en una solución sobresaturada atrae la inmensa multitud de moléculas dispersas y hace que el líquido [*transparente*] se transforme de repente en una masa inerte, [*opaca*] y sólida, así, ni bien el menor eco de ese reproche cae en medio de ellas, acuden de todas partes, de mil puntos diversos y por todos los caminos que conducen a lo

más profundo del corazón, las timideces aparentemente vencidas, las desilusiones momentáneamente consoladas, todas las tristezas flotantes que no hacen más que esperar que surja la ocasión de cristalizarse en una masa compacta y desplomarse con todo su peso sobre un alma ahora inerte y desanimada. Esta sensibilidad [*un poco*] enfermiza [*es*] infrecuente, [*por suerte*]; pero […] ¿quién […] [*no se ha sentido*] en algunos momentos dolorosamente alcanzado en su amor propio y como petrificado justo cuando [*habría podido*] tomar impulso, mientras que en otros momentos […] lo invade una armonía deliciosa, porque una palabra hábilmente ofrecida a sus oídos, insinuándose en su alma y conmoviéndola hasta en sus rincones más secretos, ha tocado esa fibra [*oculta*] que no puede resonar sin que todas las fuerzas de su ser se estremezcan con ella y vibren al unísono? […] [¿No residiría en este punto, jóvenes alumnos, la cortesía] más excelsa, la cortesía del corazón, aquella que [*llamábamos*] una virtud? […] Es la caridad ejercida en la región de los amores propios, [*allí donde a veces es tan difícil conocer la enfermedad como querer curarla. Una gran bondad natural constituye el fondo de la cortesía*], pero dicha bondad resultaría quizá ineficaz si la penetración del espíritu no se viera acompañada de flexibilidad, finura y un conocimiento profundo del corazón humano.

[*Parece, entonces, que la cortesía en todas sus formas, cortesía del espíritu, cortesía de los modales y cortesía del corazón, nos introduce en una república ideal, verdadera ciudad del espíritu, donde la libertad sería la liberación de las inteligencias; la igualdad, un reparto equitativo de la consideración; y la fraternidad, una delicada empatía por los sufrimientos de la sensibilidad. La cortesía prolongaría la justicia y la caridad más allá del mundo tangible; añadiría a la vida de todos los días, donde se entablan las relaciones útiles entre los hombres, el sutil atractivo de una obra de arte. La cortesía así entendida reclama la concordancia de la mente y el corazón; es decir que no puede casi enseñarse; pero si algo pudiera predisponer a ella, serían los estudios desinteresados, y en particular*

esos que ustedes cursan aquí, jóvenes alumnos: los estudios clásicos.

El eminente maestro que nos hace el honor de presidir esta celebración ha hablado en alguna parte[10] *de la simpatía que el culto de la antigüedad clásica mantenía hace muchos años entre los eruditos de todos los países. En aquella época había bellezas indiscutibles, que todos admiraban unánimemente. Uno proyectaba algo de sí mismo en esos autores predilectos; uno se amaba en ellos, e incluso se enorgullecía un poco de su gloria, como cuando uno cree compartir, al pensar al respecto, la reputación de algún viejo compañero que se ha vuelto célebre. ¿No es verdad que los estudios hechos en común, y el recuerdo que se guarda de ellos, pueden tejer entre las mentes una sociedad de la misma clase? A su edad, jóvenes alumnos, los recuerdos se graban más rápida y profundamente en la memoria, y si nuestros más queridos amigos son nuestros amigos de la infancia, tal vez sea porque los recuerdos de la infancia son los más perdurables, porque la amistad vive de recuerdos, y porque incluso las alegrías del hombre exitoso, sean las que sean, deben la mayor parte de su encanto a un pasado lejano, cuya frescura la memoria nos devuelve durante algunos instantes. Estos recuerdos de infancia, que fundan la amistad y que son, en sí mismos, amigos nuestros, ¿no pasarían a ser los más grandes conciliadores de mentes y corazones, si un día hubiese una educación verdaderamente nacional que lograra reunir a la mayoría de los ciudadanos en admiraciones compartidas? Así, se extendería, se generalizaría la cortesía del espíritu, no esa cortesía artificial que ofrece el simple trato con el mundo, sino esa que surge naturalmente del acuerdo y la camaradería de las inteligencias. Sin ir más lejos, ¿no podría decirse que la mejor preparación para esta cortesía del espíritu es también la lectura de autores antiguos? Los antiguos sentían por las ideas un amor más puro que el nuestro, pues las amaban por ellas mismas, a diferencia de nosotros, que las amamos por lo que nos dan. Para nosotros, la idea es más que nada un principio de acción; para los antiguos, era objeto de*

contemplación. Recuerden ciertas páginas de los Diálogos *de Platón, y la deliciosa inutilidad de esas conversaciones, donde Sócrates y sus discípulos parecen menos preocupados por afirmar su pensamiento que por desplegarlo como un espectáculo, jugando incluso con él. Nosotros nos apuramos en llegar a la conclusión, y vamos tras las ideas como si estuviésemos corriendo una carrera; los antiguos, en cambio, paseaban, y se demoraban con gusto a lo largo del camino porque éste les parecía hermoso. Por último, si nuestra moral es más profunda que la moral antigua, si nuestra justicia es más estricta y nuestra caridad más amplia, si comprendemos mejor en qué consisten la seriedad, la gravedad y, en definitiva, la importancia de la vida, los antiguos sentían mejor su encanto. Amando la vida, se volvieron amables, y la amaban porque sabían descubrir su belleza y, como diría Platón, resolver las cosas en ideas. Sigamos su ejemplo, y si ya no tenemos tanto tiempo libre para entregarnos a la contemplación de lo bello, aprendamos por lo menos, de su escuela, la cortesía del espíritu y el arte de hallar amable la vida*.

¿Añadiré que la filosofía completa afortunadamente en este punto los estudios literarios?]. Un antiguo dijo que en una república donde todos los ciudadanos fueran amigos de la ciencia y de la especulación, todos los ciudadanos serían amigos entre sí. Con eso no quería decir, claro, que la ciencia suprima la discusión [*y las luchas*], sino más bien que la discusión pierde su amargura y la lucha su [*violencia cuando se libran entre ideas puras*]. Porque la idea, [*en el fondo*], es amiga de la idea, incluso cuando se trata de la idea contraria; y las discrepancias graves, los desacuerdos civiles, provienen siempre del hecho de mezclar nuestras pasiones bastas y humanas con las ideas, que son lo que hay de divino en nosotros. [*La intolerancia tal vez no sea más que una cierta ineptitud para aislar el pensamiento de la acción; consiste en hacer comparecer las ideas ajenas no sólo ante nuestra razón, sino ante los apetitos y deseos que ruidosamente la acompañan. Ahora bien, para separar nuestra inteligencia de la pasión y enseñarle a identificarse con los demás, hace falta mostrar claramente que las doctrinas*] en

apariencia más contrarias tienen un principio en común, que se desprenden las unas de las otras a través de una evolución lenta, que la mayor parte del tiempo, cuando atacamos lo que creemos que es la opinión ajena, terminamos condenando también la propia, y que el error mismo es una de las fuentes de la verdad. [*Eso es lo que la enseñanza de la filosofía saca a la luz. Efectivamente, a esta disposición del espíritu*], bastante común entre quienes han ahondado en la filosofía, y que el vulgo tacha de escéptica, [*habría que llamarla tolerancia, imparcialidad, urbanidad, cortesía. La cortesía, entonces, es más que un lujo; no es solamente una elegancia de la virtud. Y a la gracia sumará la fuerza el día en que, expandiéndose poco a poco, sustituya en todas partes la disputa por el debate, mitigue el choque entre las opiniones contrarias y lleve a los ciudadanos a conocerse y amarse mejor los unos a los otros. Termino con este consejo, jóvenes alumnos. Den por seguro que al cultivar su inteligencia, al expandir su mente y al ejercitarse, en suma, en la cortesía superior del espíritu, estarán trabajando para estrecharlos lazos y fortalecerla unión de los que dependen el porvenir y la grandeza de la patria*].



HENRI BERGSON (París, Francia, 1859 - 1941), llamado el filósofo de la intuición, Bergson buscó la solución a los problemas metafísicos en el análisis de los fenómenos de la conciencia. En el terreno filosófico, reactualizó la tradición del espiritualismo francés y encarnó la reacción contra el positivismo y el intelectualismo de finales de siglo.

Miembro de una familia judía de origen polaco, realizó sus primeros estudios en el Liceo Condorcet, sobresaliendo en las disciplinas clásicas y más aún en las matemáticas. En 1891 se casó con Louise Neuburger, prima de Marcel Proust. Obtuvo el doctorado en filosofía gracias a dos disertaciones: *Quid Aristoteles de loco senserit* y *Essai sur le données immédiates de la conscience* (1889). En 1897 fue nombrado «Maître de conférences» de la Escuela Normal, y dos años más tarde comenzó a dictar clases en la cátedra de filosofía moderna del Collège de France. Su enseñanza alcanzó enorme éxito. No se le permitió el acceso a la Sorbona por la oposición del grupo de académicos tradicionalistas.

En 1914 fue nombrado miembro de la Academia de Francia, y en 1927 ganó el premio Nobel de Literatura. Durante la Primera Guerra Mundial desarrolló una intensa labor como conferenciante en apoyo de la Entente. Al constituirse dentro de la Sociedad de Naciones el Comité para la cooperación cultural, Bergson fue encargado de la presidencia. En los últimos años se sentía cada vez más cerca del catolicismo, pero evitó la conversión oficial porque, como confesó en su testamento, temía apoyar con su prestigio el antisemitismo fomentado en Europa por el nazismo.

Sus obras principales son *Matière et memoire* (1896); *Le rire* (1901); *L´évolution creatrice* (1907, obra que obtuvo enorme resonancia y difusión); *L´énergie spirituelle* (1919); *Durée et simultanéité* (1922); *Le pensée et le mouvement* (1934, colección de ensayos y conferencias, entre los cuales se encuentran la *Introduction à la metaphysique*, 1903, brillante síntesis de la filosofía de Bergson, y *L´intuition philosofique*, conferencia pronunciada en el congreso de Bolonia, 1911); *Le possible et le réel* (1930); y *Les deux sources de la morale et de la religion* (1932).

Notas

[1] Discurso pronunciado en la entrega de premios del liceo de Angers, 3 de agosto de 1882. Editado por primera vez en Angers, imprenta Lachèse & Dolbeau, 1882. (N. del T.) **<<**

[2] En el original, *faits divers*: sección de los periódicos franceses que recoge sucesos de índole diversa, que no coinciden con el criterio de ninguna de las otras secciones o suplementos. Suelen ser accidentes, crímenes, o hechos que van de lo curioso a lo escabroso. (N. del T.) **<<**

[3] Discurso de la entrega de premios del liceo de Clermont-Ferrand, 5 de agosto de 1885. Publicado por primera vez en *Le moniteur du Puy-de-Dôme* el 6 de agosto de 1885, y luego por la editorial Colbert en 1945 bajo el título *Discours sur la politesse*. La ceremonia fue presidida por Gaston Boissier, miembro de la Academia Francesa. Bergson dio una segunda versión de este discurso, con cambios considerables, durante la entrega de premios del liceo parisino Henry-IV, en 1892. Ver Anexo II, p. 87. (N. del T.) **<<**

[4] Título de una serie de códigos de conducta que debían aprender los niños en edad escolar. Muy difundidos en Francia hasta fines del siglo XIX, se basaban en gran parte en *De civilitate morum puerilium* (1530), de Erasmo. (N. del T.) **<<**

[5] Discurso pronunciado en la entrega de premios del Concurso general, en el gran anfiteatro de la Sorbona, 30 de julio de 1895. Publicado por primera vez en París en 1895, y reeditado en 1947 por Éditions de l'Épervier y por la revista *La Nef* (julio, n.º 32). La carta que Bergson envió previamente al rector para explicar el tema de su discurso puede consultarse en el Anexo I del presente libro, p. 83. (N. del T.) **<<**

[6] Discurso de la entrega de premios del Liceo Voltaire, julio de 1902.Fue publicado en 1902 en *Palmarès du lycée Voltaire*, y luego se reeditó en el *Bulletin de l'Union pour la Vérité* (año 21, marzo 1913-junio 1914, pp. 424-436). En esta segunda edición, Bergson añadió el título y la nota explicativa que encabeza el texto. (N. del T.) **<<**

[7] Carta enviada antes de pronunciar el discurso de entrega de premios del Concurso general, 1895.
Texto citado por el rector Gustave Roussy durante un homenaje nacional a Bergson, el 13 de mayo de 1947. Incluido como preámbulo a «El buen sentido y los estudios clásicos» en *Écrits et paroles*, París, PUF, 1957, vol. I, p. 83. (N. del T.) **<<**

[8] Discurso de la entrega de premios del liceo Henry-IV, 30 de julio de 1892. Segunda versión de «La cortesía», preparada y leída siete años después de la original. Las alteraciones, los agregados y las supresiones con respecto a esa primera versión figuran aquí en bastardilla, entre corchetes. Tal vez no estaría de más recordar que Alfred Jarry, alumno del liceo Henry-IV entre 1891 y 1892, posiblemente haya estado entre los asistentes a la ceremonia, quizá junto a Léon Paul-Fargue. Es improbable, sin embargo, que se encontrara entre los laureados. (N. del T.) **<<**

[9] Ver nota 2 en la p. 26. (N. del T.) (N. del E. D.: nota n.º 4 en la presente edición). **<<**

[10] Gaston Boissier, “Les théories nouvelles du poème épique", *Revue des Deux-Mondes*, febrero de 1867. (N. del T.) **<<**